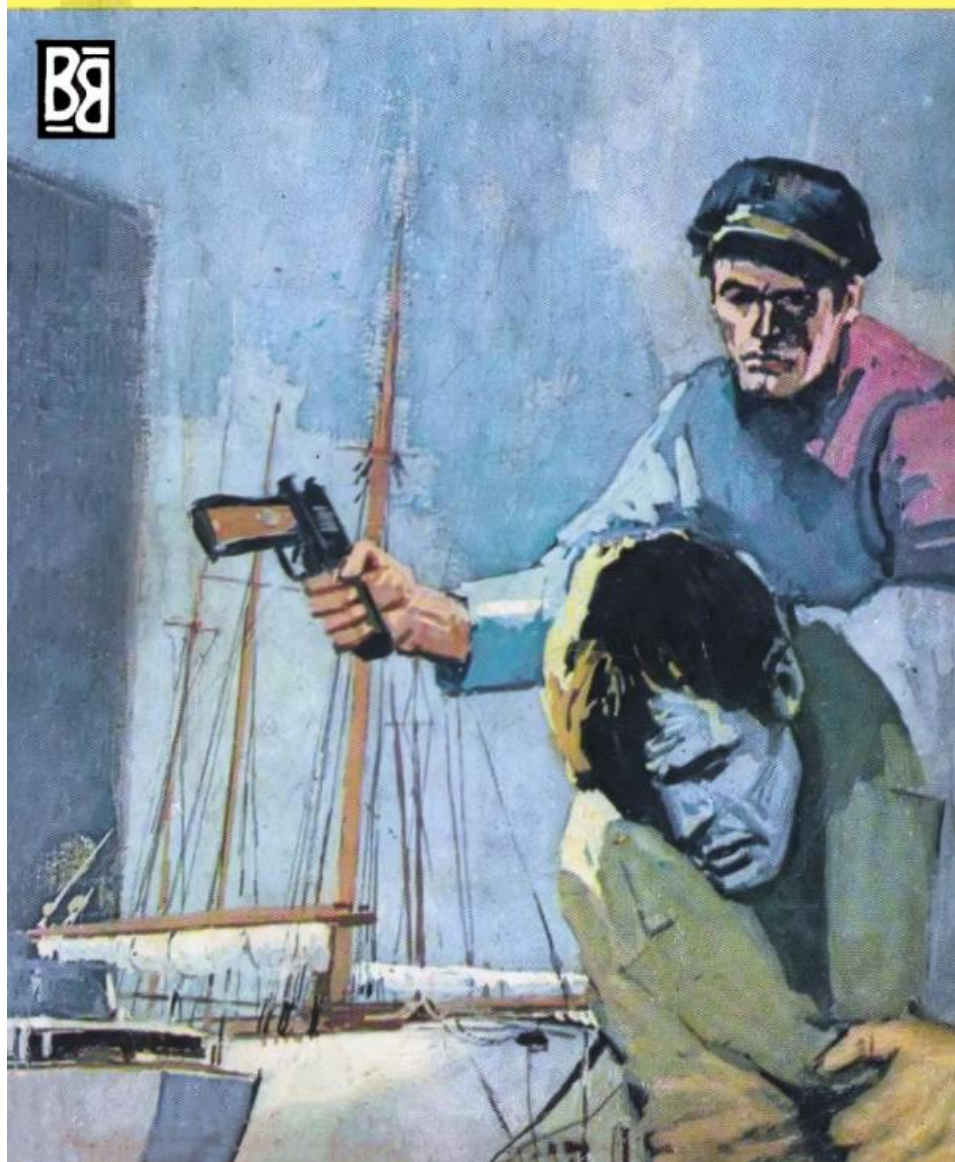


PUNTO
ROJO

"safari" a la muerte

clark carrados

B&B



“SAFARI” A LA MUERTE



CLARK CARRADOS

«SAFARI» A LA MUERTE

Col. PUNTO ROJO n.º 161
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**

EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA



Depósito Legal B 9425 - 1965

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: mayo 1965

© CLARK CARRADOS - 1965
sobre el texto literario

© DESILO - 1965
sobre la cubierta

© COSTA - 1965
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 1682/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

889 — El revólver en la mano.

En Colección SERVICIO SECRETO:

771 — Alianza de sangre.

En Colección BUFALO:

582 — Contratado para matar.

En Colección CALIFORNIA:

431 — El emisario de hierro.

En Colección COLORADO:

386 — Pista mortal.

En Colección KANSAS:

330 — Signo \$: ¡Muerte!

En Colección BRAVO OESTE:

221 — La senda del plomo.

En Colección PUNTO ROJO:

158 — Las arañas.

En Colección SALVAJE TEXAS:

459 — Ciudad ardiente.

En colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

136 — Alta tensión.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

53 — Trampa contra sí mismo.

En Colección ASES DEL OESTE:

315 — Obligado a matar.

CAPÍTULO PRIMERO

El león abrió sus fauces y emitió un profundo rugido, que se extendió con penetrantes sonidos a través de la extensa llanura. Los animales se escondieron en sus guaridas al escuchar la voz del rey; temían su cólera y temían servirle de alimento.

El león divisó a lo lejos varios ojos luminosos que se movían irregularmente por la planicie. El olor de la gasolina alcanzó inmediatamente su pituitaria. Giró sobre las plantas de sus garras y volvió grupas, aparentemente con olímpico desprecio hacia aquellos horribles monstruos mecánicos, pero, en realidad, sintiendo miedo y desagrado ante ellos. Una o dos veces había entrado en contacto con los automóviles y sabía de la impotencia de sus afiladas uñas para romper la dura cáscara metálica de los que él creía animales de nueva especie.

Gruñendo sordamente, a la vez que movía la cola y se batía los flancos, se alejó de las proximidades del camino. Tenía el estómago vacío; era preciso llenarlo, pero no podía devorar a aquellos animales que despedían tanta pestilencia; eran más fuertes que sus garras y sus afilados colmillos.

Sheldon Shactor, con el rifle en las manos, bajo la marquesina de la veranda, escuchó unos momentos. A su lado había un negro hercúleo, que le sobrepasaba cumplidamente la cabeza; ciertamente, no se podía decir que Shactor fuese un hombre alto... a menos que estuviese siendo contemplado bajo el particular ángulo de vista de un pigmeo.

—“Simba” se ha ido, *bwana* (señor) —declaró M'bani, el negro.

—Sí, pero tiene hambre —contestó Shactor—. Y como nos descuidemos, es capaz de darnos un serio disgusto.

—Haré que los hombres vigilen —sugirió M'bani.

—Es una buena idea —convino el cazador.

Los dientes de M'bani resplandecieron.

—¿Sabrá dormir tu esposa con esos ruidos por la noche? —preguntó maliciosamente.

Shactor sonrió también.

—Supongo que deberá acostumbrarse —dijo.

—La última vez que estuvo aquí, no parecía hallarse muy a gusto. Te veo quedándote en Londres con ella, *bwana*.

—Este es mi medio de vida, M'bani. Stella tendrá que venir aquí o se quedará soltera... bueno, por lo menos, no se casará conmigo —declaró Shactor tajantemente. Apoyó el rifle en la veranda y sacó tabaco.

Era un hombre sólido y robusto, de penetrantes ojos negros, cabello corto y recio, del mismo color, y con la piel del rostro quemada por el sol

de la llanura africana. Medía un metro y setenta centímetros. Sus facciones parecían talladas a hachazos, rudas, enérgicas. A las mujeres les parecía feo a primera vista; luego, encontraban en él otras cualidades que desvirtuaban esa primera impresión... y, sin ser precisamente un conquistador, Sheldon Shactor había tenido más de un jaleo por culpa de la segunda impresión de alguna fogosa cazadora aficionada. Una de ellas le había “cazado” por fin y dos días más tarde emprendería viaje hacia Nairobi, desde donde tomaría el avión para Londres.

M'bani llevaba diez años a su lado. Era un servidor fiel y leal, y el paso de los años le había convertido, más que en sirviente, en verdadero amigo. El color de la piel no contaba para nada entre ambos, pese a lo cual y no obstante la insistencia de Shactor, continuaba llamándole *bwana*, aunque en un sentido muy distinto del que tenía realmente la palabra, como un afectuoso tratamiento hacia un sincero amigo.

M'bani se llenó los pulmones con el humo del cigarrillo. Apenas lo había hecho, divisó las luces que oscilaban en la llanura.

—*Bwana*, alguien viene hacia aquí —dijo, señalando con la mano hacia los reflectores de los automóviles que rodaban hacia la granja del cazador.

Shactor frunció el ceño.

—Se necesita estar loco para cometer una imprudencia semejante. Viajar de noche por la llanura, expuestos al ataque de cualquier fiera...

La caravana de vehículos se detuvo minutos más tarde, frente a la casa, en la explanada delantera. Shactor contó dos Land-Rover para personal, otro tirando de un remolque vivienda y un camión pesado que debía contener los pertrechos necesarios para la expedición. Los conductores de los vehículos eran todos, salvo el del primero, indígenas.

Shactor pensó que debía tratarse de algún “safari”, cuyos componentes iban a pernoctar en las inmediaciones de su casa, para seguir viaje al día siguiente. Con gran asombro suyo, se percató de que no veía a ningún cazador profesional conocido suyo al frente del “safari”.

Únicamente divisó a Shanga, un negro rastrero, astuto y taimado, al que había despedido dos años atrás por sus cualidades nada recomendables. Shanga parecía ser el jefe de los porteadores de su raza que venían en los vehículos y comenzó a dar órdenes en tono autoritario, mientras los ocupantes blancos de los vehículos se apeaban de las cabinas.

Una mujer se dirigió rectamente hacia él, seguida de un sujeto de edad superior a la suya, cercano a los cuarenta años. La mujer era muy rubia y tenía los ojos azules. Parecía diminuta, aunque era casi tan alta como él y las formas de su esbelta silueta se adivinaban compactas y sólidas, bajo las adecuadas ropas que cubrían su cuerpo. Calculó que debía contar unos veinticinco o veintiséis años y tenía el talante altanero más que enérgico, poseída, indudablemente, de sus prerrogativas, desconocidas, naturalmente, para Sheldon Shactor.

La joven subió rápidamente los cuatro peldaños de la veranda y se detuvo frente a él.

—El señor Shactor, me imagino —dijo con voz clara y bien timbrada.

—Para servirla, señorita...

—Señora Farland —contestó ella—. Este es Robert Parrock, abogado, de Londres.

Los dos hombres se saludaron brevemente. Shactor pudo darse cuenta de que, además de la pareja, habían venido más blancos en los vehículos. Divisó a una joven pelirroja, alta y de curvas ostentosas, riendo estridentemente con un sujeto de unos treinta años, bien parecido, y un tipo canijo y desmedrado, cargado con lo que parecía una infinitud de cámaras fotográficas y baterías y flashes de todos los tamaños.

—Necesito hablar con usted, señor Shactor —dijo la joven.

—Muy bien, pasen, por favor —contestó él, echándose a un lado.

Parrock reparó en el rifle que estaba apoyado en la veranda.

—¿Tiene miedo de las fieras, señor Shactor? —preguntó con cierto retintín.

—Siempre —contestó el joven sin vacilar—. Solo el insensato no teme a las fieras... y cuando venían ustedes, había un león hambriento merodeando por las inmediaciones de la granja.

Parrock se quedó cortado. Ella soltó una risa breve y estridente.

—Te está bien empleado, Robert —dijo.

Entraron en el salón, decorado con arreglo al ambiente en que vivía el cazador. Los visitantes contemplaron rápidamente los escudos pintados y las lanzas adornadas que, junto con un par de pieles de león, unos colmillos de elefante y algunas cornamentas, constituían los motivos principales de la decoración.

M'bani sirvió bebidas frías. Era hombre discreto y sabía cómo había de comportarse en cada ocasión. Cuando terminó, se esfumó en silencio.

—Bien —dijo la joven apenas hubo tomado un sorbo de su vaso—, ahora querrá conocer las causas que me han traído hasta aquí, ¿no es cierto, señor Shactor?

—Desde luego —contestó él—. ¿Cigarrillos? —ofreció.

Parrock rehusó. Ella encendió uno nerviosamente.

—Vengo a que me ayude a buscar a mi esposo —dijo sin rodeos—. Hace cinco años llegó aquí para hacer un “safari”, me escribió varias veces, diciéndome que todo iba bien y, de repente, dejó de escribirme. Desde entonces no he vuelto a saber nada de él.

Shactor la miró fijamente.

—Recuerdo ahora el nombre de Farland. Un amigo mío fue su jefe de “safari”, Dick Raglan. Desapareció también y nadie ha vuelto a saber nada de él. Ni de Farland, por supuesto.

—Entonces, comprenderá usted por qué tengo tanto interés en

encontrar a mi esposo —dijo ella.

—Comprendo su interés, aunque temo que se han equivocado de hombre —sonrió Shactor—. Pasado mañana parto para Nairobi, desde donde volaré a Londres para casarme antes de dos semanas. En estas condiciones, comprenderá que es imposible que yo...

La joven hizo un gesto. Parrock sacó de una cartera que llevaba en la mano una revista ilustrada y se la entregó. Ella desplegó la revista, pasó algunas páginas y al fin se la entregó al cazador, abierta casi en su centro.

—Lo siento, señor Shactor —dijo brevemente.

El cazador tomó la revista. Inmediatamente, sintió como si le apestasen un fuerte golpe en el centro del pecho.

Su prometida estaba fotografiada, saliendo de una iglesia, del brazo de un joven a quién no conocía. Las vestimentas de ambos no dejaban lugar a dudas sobre la ceremonia que acababa de efectuarse.

Era una traición miserable, sin nombre, pensó, mientras estrujaba la revista con gesto incontenible. Debió haberse dado cuenta antes de que Stella Larrywater no era mujer a quién le gustase la vida de un cazador profesional en África.

—Asistí invitada a esa ceremonia —dijo la joven—. Fue entonces cuando oí comentar la acción de su exprometida. De no ser por eso, me hubiese dirigido a otro cazador... aunque, de todas formas, habría tratado de convencerle de que guiase mi “safari” a cualquier precio.

Shactor creía oír a la joven como si hablase a mil millas de distancia. Tiró la revista a un lado y despachó de un golpe el resto del contenido de su vaso.

—¿Por qué a mí, precisamente? —preguntó con voz ronca.

—Porque es usted el único que ha estado, y ha vuelto de allí, en la cordillera Z'nakri —respondió la joven sin vacilar.

CAPÍTULO II

Un denso silencio se desplomó súbitamente sobre la estancia. El único sonido que se oía era el tenue zumbido del ventilador de grandes paletas que giraba mansamente, suspendido del techo.

—Ha dicho la cordillera Z'nakri —repitió Shactor, rompiendo el silencio.

—Exactamente —afirmó ella sin, vacilar—. Todos los indicios señalan que mi esposo está allí todavía.

—No. Ha muerto —contestó el cazador—. Los “Wanoossis” le habrán dado muerte, como a Dick Raglan. No hay esperanzas de que haya sobrevivido. Cualquier intento que se haga para llegar a la cordillera, está condenado de antemano al fracaso.

—Usted fue y volvió —terció el abogado—. ¿Cómo se explica eso?

—No quiero explicarlo —contestó él bruscamente—. Pero tampoco deseo repetir la experiencia. Ir a los montes Z'nakri es buscar la muerte.

—¿Tiene miedo? —se mofó ella abiertamente.

—Usted es una insensata —contestó Shactor con la misma franqueza—. Si conociera los graves peligros que es preciso arrostrar...

—¡Se trata de mi esposo!

—¡Y de mi piel! —gritó también Shactor—. Weneessa me prometió...

Calló de repente, dándose cuenta de que había estado a punto de cometer un desliz. Sus labios formaron una línea acerada, dura.

—¿Quién es Weneessa? —preguntó ella.

—He dicho que no quiero hablar sobre el particular —respondió Shactor—. Pueden pasar la noche en mi granja, es todo cuanto estoy en condiciones de ofrecerles. Pero nada más.

—Tommie, ya te dije yo que no conseguiríamos nada —habló el abogado en tono resignado—. Tendrás que buscar a otro cazador o renunciar y volverte a Londres.

—¡No! ¡Jamás! ¡Quiero encontrar a Bram y lo encontraré, aunque para ello haya de ir yo sola y a pie hasta esa maldita cordillera! —exclamó ella con voz crispada. Miró al cazador—. Fije un precio usted mismo; no pondré ningún reparo, por elevada que sea la cifra.

Shactor la miró durante unos segundos.

—Señora Farland, usted dijo hace un rato que su esposo había desaparecido hace cinco años. ¿Puede decirme por qué ha esperado durante tanto tiempo para venir a buscarlo?

—Esperé varios meses desde su última carta —repuso Tommie—. Cuando sospeché que podía haberle ocurrido algo malo, me dispuse a

organizar una expedición. Entonces sufrí un gravísimo accidente: fractura del cráneo. El golpe me provocó una amnesia casi total, que me ha durado casi cuatro años. No hace ni seis meses siquiera que, bruscamente, sin saber cómo, recobré la memoria por completo. Aguardé un tiempo prudencial a fin de estar restablecida y entonces decidí venir aquí a buscar a mi esposo.

—O los restos de su esposo —dijo Shactor.

—Mi esposo —insistió Tommie Farland. Movi6 la mano, y el abogado extrajo algo de la cartera, que ella colocó sobre la mesa, delante del cazador—. Hace tan solo un mes, recibí esto por correo. El sobre no traía indicación del remitente, por lo que ignoro quién me lo pudo enviar... pero no pudo ser otro que mi esposo o alguien que sabe que está vivo y en poder de los “Wanoossis”.

Shactor contempló aquel rectángulo de tela blanca, bordada por métodos primitivos que él conocía muy bien, pero de resultado estético sorprendentemente agradable. Había una gran W en el centro del paño, rematada por tres aspas rojas, dos lanzas a los costados y, en el pie, un dibujo rudimentario, pero harto gráfico, que representaba las cinco garras de la pata de un león. A la derecha de todo se divisaban dos iniciales, estas no bordadas, sino toscamente dibujadas con algún tinte vegetal de color oscuro: B. F.

—Son las iniciales de mi esposo —dijo Tommie—. Está prisionero de los “Wanoossis” y, de algún modo que yo ignoro, consiguió hacerme llegar este trozo de trapo bordado, para demostrarme que sigue con vida y en poder de esos salvajes.

Shactor tomó el trozo de paño y lo examinó cuidadosamente durante algunos segundos. Luego miró a la joven.

—No puedo contestarle aún nada, señora Farland. Deje que medite esta noche. Mañana por la mañana, conocerá usted mi respuesta.

Tommie Farland tuvo la presencia de ánimo suficiente para no prorrumpir en una exclamación de júbilo que hubiera resultado intempestiva en las actuales circunstancias. Se limitó a emitir una ligera sonrisa y a decir:

—Gracias de todas formas por haberme escuchado, señor Shactor —se puso en pie—. Me alojaré en el “trailer”, si no tiene inconveniente en que establezcamos nuestro campamento en el patio de su casa.

—No faltaría más, señora.

Tommie y su acompañante se encaminaron hacia la salida. Antes de llegar a ella, Shactor les detuvo.

—Señora Farland.

—¿Sí? —contestó ella, volviéndose.

—Encuentro extraño que use usted un nombre de varón: Tommie.

La joven sonrió.

—Tommie también es el diminutivo de Thomasina, señor Shactor —contestó, haciéndole sonrojarse por no haber sido capaz de adivinar una cosa tan sencilla.

Encendió un cigarrillo al quedarse solo. Oyó a sus espaldas el gorgoteo de un líquido al derramarse sobre un vaso.

—Mujer muy hermosa —dijo M'bani sin alzar la voz apenas, fingiendo hablar como cuando era pequeño y empezaba a aprender al inglés—. Pero muy mandona. Necesitar gran paliza para perder costumbre gritar tanto.

—El abogado se la dará cuando se case con ella, una vez hayan confirmado la muerte de su esposo.

—Tal vez —murmuró M'bani—. Farland ha debido morir: nadie que entra en territorio “wanoossi” ha vuelto con vida, salvo tú. Pero yo me pregunto... ¿quién es el que tiene interés en conducir a esa joven tan linda hasta la cordillera Z'nakri?

—Ella dice que quiere buscar a su esposo —alegó el cazador.

M'bani alargó la mano y le enseñó el trozo de tela bordada.

—Es falso —dijo.

—¡Qué! —exclamó Shactor casi sin aliento—. M'bani del demonio, ¿cómo lo sabes?

—Un amuleto que lleve el símbolo “wanoossi”, y este es uno de ellos, para proteger a los guerreros de las zarpas del león, tendrá siempre cuatro garras y no cinco como el que ella te ha entregado. ¿Es que un hombre tan sabio como tú se ha dejado embaucar por unos ojos bonitos? —preguntó M'bani con moderada ironía.

Shactor tomó el amuleto. M'bani tenía razón. El emblema “wanoossi” solo tenía cuatro garras. Y no era comprensible que las mujeres de la tribu que habían bordado el distintivo se hubiesen equivocado; el guerrero a quién fuese destinado lo habría rechazado de inmediato.

—No me riñas —dijo humildemente—. Mi cabeza no rige bien, desde que me he enterado de que la mujer que iba a ser mi esposa está casada ya con otro.

—Peor para el otro —contestó M'bani, con no poca filosofía.

* * *

El cielo tenía todavía una tonalidad gris; aún no había adquirido siquiera ese tono rojo que precede brevemente a la salida del sol. Apoyado en uno de los postes de su veranda, Sheldon Shactor fumaba reflexivamente.

Pensaba en muchas cosas: en la destrucción de sus ilusiones, en Tommie Farland, en su abogado, en el amuleto “wanoossi” falsificado, en los acompañantes de Tommie, quienes más que otra cosa, parecían parásitos dispuestos a vivir de su fortuna...

De modo sorprendente, la noticia del casamiento de Stella le había

defraudado menos de lo que él mismo había esperado. Ahora veía claramente que Stella no era la mujer que le convenía para vivir en África. Él era un enamorado de aquel país y, aunque de cuando en cuando le agradaba un “baño” de civilización, al poco tiempo sentía hastío de lo que consideraba una vida harto agitada y superficial, y volvía a su África tan querida. Tal vez había sido mejor así; con el tiempo, las disputas hubieran sobrevenido inevitablemente y el matrimonio se habría deshecho, con los consiguientes perjuicios morales para sus componentes.

Casi más le preocupaba el amuleto falsificado. Se preguntó quién podía tener interés en hacer viajar a la joven hasta aquella parte de Kenya y, más aún, llevarla hasta la cordillera Z’nakri. Él había estado una vez y no deseaba repetir la experiencia... no lo había deseado hasta que M’bani le enteró de la falsificación del amuleto. Pensó en Weneessa, y se preguntó cuál sería su reacción si volvía a verle de nuevo. Una vez había tenido suerte con ella. ¿Se repetiría lo mismo la segunda?

Oyó pasos y se volvió. Una mujer se le acercaba.

Era la pelirroja a quién había visto la noche anterior, una chica alta, esbelta y rotunda, de ojos verdes, muy peligrosos. Envolvía su cuerpo en una bata y sus flameantes cabellos pendían sueltos sobre su espalda, a la vez que sus labios se distendían en una amplia sonrisa.

Alargó la mano hacia Shactor.

—Usted es el tipo que nos va a conducir hasta esos misteriosos guerreros que todavía practican costumbres milenarias, ¿no es cierto? —preguntó.

—Aún no lo he decidido, señorita —contestó él, sonriendo—. Tengo que pensármelo.

—Dirá que sí —exclamó ella—. Oh, por cierto; mi nombre es Ann Barjohn. Llámeme Ann, sin ceremonias. Usted creo que se llama Sheldon.

—Así es —dijo Shactor—. ¿Cómo se le ha ocurrido tomar parte en la aventura, sabiendo lo peligrosa que puede resultar?

Ann exhaló una ruidosa carcajada.

—Los peligros que pueda correr no van a ser nada, comparados con lo que me voy a divertir, viendo cómo se disputan los perros la carnaza.

Shactor pegó un respingo.

—No entiendo —dijo.

—Es bien sencillo, Sheldon. Stewart Reaman, que es ese chico tan guapo con el que hablaba yo anoche, Félix O’Connor y el abogado, andan a la greña, tratando de conquistar los favores, y la mano, de la hermosa Tommie Farland. El que triunfe, se llevará la mano, los favores y la fortuna de Tommie.

—¡Pero ella está casada! —objetó el cazador.

—¿No lo entiende? —rio Ann—. Su marido ha muerto; no puede estar con vida. Ahora, por lo tanto, es preciso demostrarlo palpablemente.

Entonces, Tommie entrará en posesión legal de su fortuna... y será presa de los colmillos del perro que resulte más acometedor.

—Ahora sí lo comprendo —dijo Shactor—. Usted, ¿por cuál de ellos apostaría?

Ann hizo un gesto ambiguo.

—El abogado es listo, pero ya algo maduro... O'Connor solo tiene a su favor el hecho de que un sujeto no mucho más apuesto que él se casó hace unos años con una princesa real y, claro, siendo fotógrafo, se cree que repetirá la suerte, si no con otra princesa, sí con una chica rica... y, por último, Reaman es un parásito que solo posee su bonita figura. ¡Cualquiera sabe! —terminó la exuberante pelirroja.

Shactor empezó a sospechar que tal vez el amuleto había sido enviado por alguno de los tres hombres.

—¿Ha estado alguien de esos tres en África, antes de ahora? —preguntó.

—No, que yo sepa. Aunque tampoco podría asegurarlo, claro —rio de nuevo—. Será divertido, se lo aseguro. Es decir, si acepta ser nuestro guía.

—¿Y si dijese que no?

Ann se encogió de hombros.

—No encontramos otro más idóneo que usted en Nairobi —dijo—. Por otra parte, Tommie sabe que el abogado la adora. Parrock es el albacea de los bienes de su esposo y el que los administra en su ausencia. Le hará cuatro carantoñas, el otro se derretirá y le firmará un cheque en blanco para usted. Si eso no le convence, Sheldon, nada más le convencerá.

Shactor no quiso hablar del amuleto falsificado. Era algo que guardaba para sí, porque se daba cuenta que aquel sencillo trozo de tela encerraba un profundo misterio que había acicateado su curiosidad.

—Tal vez acceda —murmuró, sin demasiado convencimiento.

El sol había salido ya y derramaba torrentes de luz sobre la llanura. La puerta del remolque se abrió, y Tommie Farland apareció bajo su dintel, fresca, lozana y pulida como si hubiese pasado la noche en el mejor hotel de Londres.

Un breve chispazo de cólera inflamó sus ojos durante un segundo. Luego, caminando con paso firme, llegó hasta la veranda y se enfrentó con el joven.

—¿Se ha decidido ya a aceptar mi proposición, señor Shactor? —preguntó.

Hubo un instante de silencio. Después, Shactor dijo:

—Sí, pero bajo mis propias condiciones. En caso contrario, rehusaré terminantemente.

—Las acepto, sean cuales fueren —contestó Tommie con voz tajante, sin el menor titubeo.

CAPÍTULO III

Sentado en la cabina del “Land-Rover”, Sheldon Shactor dormitaba mientras el vehículo rodaba a una velocidad moderada de cuarenta kilómetros a la hora. El fiel M’bani conducía el vehículo con pericia singular.

Más que dormir, lo que Shactor hacía era reflexionar con los ojos cerrados, y la cabeza apoyada en el respaldo del asiento. Los restantes vehículos del “safari” seguían tras el suyo; inmediatamente a continuación, venía el que ocupaban Tommie Farland y el abogado. La hermosa pelirroja iba en el siguiente, flirteando con Reaman, y finalmente, O’Connor viajaba en el que iba a continuación, conducido por un nativo llamado N’teba, que no pertenecía al grupo de los hombres que Shactor tenía empleados.

Aceptado el servir de guía al “safari” y establecidas las condiciones económicas, mediante el oportuno contrato, que había sido firmado en la casa a la noche siguiente, Shactor había realizado una minuciosa inspección del equipo que la joven traía consigo. Desechó algunas cosas inútiles, no sin protestas de Tommie, de las cuales hizo oídos de mercader, y despidió a un par de nativos, a quienes conocía como sujetos gandules y poco menos que inútiles. Estuvo a punto de hacer lo mismo con Shanga, pero, inesperadamente, Félix O’Connor salió en defensa del individuo, diciendo que lo había contratado en exclusiva para que le llevase sus aparatos.

Shactor aceptó que Shanga formase parte del “safari”; a fin de cuentas, conocía sobradamente sus mañas y sabía cómo vigilarle y atarle corto. Le hizo un par de breves e incisivas advertencias y el sujeto prometió portarse bien, tras de lo cual, el joven le dio de lado, para continuar la inspección.

No cabía la menor duda de que Tommie Farland había sido bien asesorada en Nairobi. Salvo algunas cosas superfluas, de las cuales le había obligado a desprenderse, todo lo demás del conjunto del equipo había sido elegido acertadamente. Claro que no tenía ninguna confianza en sus acompañantes en lo referente al manejo de las armas, pero esperaba solucionar cualquier problema que pudiera surgir con la ayuda de su Express y el de M’bani.

El coche se movía casi rítmicamente. Pensó en Tommie Farland y en lo que le había dicho Ann Barjohn. Tres hombres a la caza de una hermosa mujer y una magnífica fortuna. Se preguntó cuál de los tres tenía más posibilidades de conquistar la mano, ya que no el corazón, de Tommie. Podía descartarse a O’Connor por su figura, de modo que la lucha quedaba sostenida por el elegante Reaman y el sesudo, pero no por ello menos

inteligente, Parrock. Porque no le cabía la menor duda de que Bram Farland estaba muerto. También él hubiese muerto, a no ser por la bella Weneessa, quien...

Pero era preferible no pensar en lo pasado y atenerse al presente. Le preocupaba lo que diría Weneessa cuando volviese a verle. Y, todavía más, lo que haría. ¿Cuál sería su reacción?

El "Land-Rover" se detuvo de pronto. Asombrado, Shactor abrió los ojos.

—Ese estúpido —oyó rezongar a M'bani.

Había parado un enorme rinoceronte en el centro de la pista, obstruyendo el paso con su voluminoso corpachón. En aquel lugar, el camino pasaba por una pequeña hondonada, de paredes inclinadas, que no permitía desviarse a los vehículos lateralmente, para soslayar aquel inesperado obstáculo. El rinoceronte pacía tranquilamente unos matojos de hierba, y su actitud hacia los automóviles era de olímpico desprecio.

—Tendremos que esperar a que se canse de comer —gruñó M'bani.

—Hay un modo de echarle de aquí —dijo Shactor.

El animal estaba casi completamente vuelto de espaldas a ellos.

—Acércate hasta que le toques la popa con el radiador.

—Bien.

M'bani maniobró suavemente. El animal continuó comiendo, sin hacer caso del leve contacto. Pero en el mismo instante, Shactor oprimió con fuerza el botón del claxon.

El rinoceronte salió de estampida, corriendo a toda velocidad. M'bani rompió a reír estrepitosamente, con toda su alma, enseñando una doble hilera de dientes blanquísimos. Shactor le hizo coro de buena gana. Aquel era un truco que raras veces le había fallado... siempre que no se tratase de una hembra con su cría. Entonces, lo mejor era dar un prudente rodeo y evitar su atención.

—¿Dónde nos detendremos? —preguntó M'bani poco después.

—En la aguada de Snaar —contestó el joven.

Llegaron a media tarde. Hubieran podido rodar una hora o dos más, pero Shactor prefirió hacer alto junto a los pozos, aunque no en sus mismas inmediaciones; las fieras venían a abreviar por la noche y era prudente dejarlas que bebiesen agua. Situó los vehículos en círculo, a unos cien metros, sobre una pequeña eminencia, que ya había utilizado en más de una ocasión, y luego ordenó a los porteadores que trajeran agua suficiente para toda la noche.

Sacó su escopeta de caza y se puso el revólver a la cintura. Cuando se disponía a llamar a un ayudante para que le llevase el Express, se le acercó Tommie.

—¿A dónde va usted? —preguntó la joven.

—Quiero traer un poco de carne fresca para la cena —contestó Shactor

—. Estaré de vuelta dentro de una hora, más o menos.

—¿Son aquellos los montes Z'nakri? —quiso saber Tommie, señalando hacia un punto del horizonte.

—Sí —respondió él.

La absoluta limpidez de la atmósfera permitía ver los objetos con toda claridad a enorme distancia. La monotonía de la llanura que estaban atravesando quedaba rota por aquella cadena montañosa, que no parecía tener, sin embargo, una altura excesiva.

—No parecen gran cosa —dijo Tommie un tanto despectivamente.

—Lo malo de la cordillera no es su elevación, sino su configuración... y más todavía, sus habitantes.

—Usted volvió de allí —exclamó la joven en tono casi acusador.

—Pero no me gusta acordarme de lo que pasé —replicó él vivamente. Agitó de pronto la mano, llamando a un nativo que pasaba cerca de los dos —. ¡Eh, tú, acércate!

El negro obedeció. Era un sujeto recio y corpulento, de los contratados en Nairobi. Shactor lo recordó al instante; se llamaba N'teba y conducía el auto en que viajaba el fotógrafo.

—Ahí dentro está mi Express —ordenó—. Me acompañarás de caza.

—Bien, señor —contestó N'teba.

Shactor le detuvo de pronto, cogiéndole por un brazo.

—Escucha, tu cara me parece conocida, N'teba —dijo.

—Es posible —sonrió el nativo—. Pero yo no le he visto a usted antes de ahora. Aunque conozco su fama sobradamente, señor.

Shactor continuó mirándole durante unos segundos más.

—Está bien —dijo al cabo—. Anda pronto; vamos a ver si cazamos un antílope.

—Sí, señor.

—Tendrá que dispensarme, señora Farland —dijo, volviéndose hacia la joven.

—No faltaría más —contestó ella cortésmente.

Shactor y el nativo volvieron hora y media más tarde, con los dos cuartos traseros de un antílope, ya limpios y en disposición de ser colocados en la hoguera, cuyas brasas resplandecían ya en el crepúsculo. Ann Barjohn le felicitó por la caza.

—Me alegro de no ser antílope —dijo la joven con buen humor.

—Pero hace sentir a los hombres como si lo fuera —contestó él en el mismo tono. Y ella rio abundantemente, con gran enojo, al parecer, del fotógrafo, que se hallaba a poca distancia.

Cenaron una hora después, cuando ya era de noche. La conversación versó sobre temas sin importancia, aunque todos ellos relacionados con África, sus problemas actuales y sus misterios eternos. Al cabo de un rato, inevitablemente, la conversación recayó sobre el tema que más les

preocupaba: los “Wanoossis” y su fiereza y hostilidad continua hacia todo el que intentase invadir su territorio, cualquiera que fuese su raza.

—¿Por qué se obstinan en permanecer tan aislados? —preguntó Reaman.

Shactor se encogió de hombros.

—Cualquiera lo sabe. Son costumbres milenarias, que no ya nosotros, sino ni siquiera cualquier nativo que no haya nacido en la cordillera puede explicar. Su xenofobia tiene raíces que se pierden en la noche de los tiempos, eso es todo.

—¿Cuál es su sistema de Gobierno? —quiso saber el abogado, más dado a la parte política.

—Digamos que es algo muy parecido a una monarquía absoluta, señor Parrock.

—¿Sin Parlamento?

El joven ocultó una sonrisa.

—Los mandatos de su... rey son obedecidos inapelablemente —respondió—. Pero, por otra parte, y al menos, en lo que se refiere a su política interior, es una autoridad muy moderada. Hay una serie de costumbres ancestrales, sabiamente equilibradas, que rigen la vida cotidiana de los “Wanoossis” y que hacen que la figura de su... rey sea poco menos que decorativa. Pero cuando hay una disputa entre dos miembros de la tribu y plantean sus diferencias ante el rey, la sentencia es inapelable.

—¿Aunque sea de muerte? —preguntó Tommie, avanzando el busto.

—Los hechos delictivos son rarísimos en esa tribu. Por lo tanto, una sentencia de tal naturaleza, es prácticamente desconocida.

—Pero se da cuando el acusado es un extranjero —dijo la joven.

—Sí, desde luego.

—¿Nos condenarán también a nosotros? —preguntó Ann aprensivamente.

Shactor sonrió.

—Bueno, veré de evitarlo, Ann.

—¿Cómo? —insistió la pelirroja.

—Trataré de enviar un emisario al... rey para entrevistarme con él. Si accede a la entrevista, no habrá temor alguno de que intente causarnos daño.

—¿Y si no accede? —quiso saber O'Connor, con no menor aprensión que Ann.

Unas pequeñas arrugas se formaron de pronto en las comisuras de los ojos de Shactor.

—Entonces, tendríamos que hacer lo que en los partís de guerra se llama una rectificación de líneas propias. Hacia retaguardia, claro.

—¿Sin saber lo que ha sido de mi esposo? —preguntó Tommie

agudamente.

Shactor la miró con fijeza durante un segundo. “Su esposo está muerto”, se dispuso a contestar.

Pero no pudo hacerlo. Algo silbó de pronto.

Sonó un golpe seco. Una flecha se clavó en la mesa y, durante un par de segundos, vibró malignamente, hasta quedarse quieta por completo. La diminuta calavera de marfil que pendía de la parte emplumada, por un delgado cordón de fibra vegetal, osciló durante más tiempo.

Las mujeres chillaron. Reaman soltó una interjección de grueso calibre, secundado vigorosamente por el fotógrafo. Parrock fue el único que supo mantener la compostura y permaneció inmóvil, fumando tranquilamente, con el rostro a dos pasos de la flecha, que seguía clavada en la madera de la mesa.

CAPÍTULO IV

Shactor alargó la mano y arrancó la flecha. Tomó con dos dedos la diminuta calavera, de tamaño mitad que una pelota de tenis, y la contempló pensativamente.

—Es un aviso de los “Wanoossis” —dijo.

—¡Han querido matarnos! ¡Están por ahí! —chilló Ann Barjohn histéricamente.

—Si hubiesen querido matarla a usted, no se habría enterado siquiera —respondió el joven, sosegadamente.

—¿Dice usted que es un aviso de esos salvajes? ¿Qué clase de aviso? —quiso saber Reaman.

—Nos indican que no debemos invadir su territorio o moriremos —contestó el cazador.

—Debiera hacer algo y perseguirlos implacablemente, ahora que estamos a tiempo —exclamó O'Connor excitadamente—. Hay rifles de sobra...

—En estos momentos lo que menos haría yo sería abandonar el campamento ni aun rodeado por una compañía de fusileros —manifestó Shactor secamente—. Correría el riesgo de encontrarme con una flecha clavada en la espalda sin saber cómo me había llegado. Además seguramente se trata de un solo “wanoossi”. Tratar de perseguirlo ahora, sería tanto como buscar una aguja en un pajar.

Tommie alargó la mano.

—Deme la flecha, por favor —pidió. Y cuando la tuvo en su poder, examinó la calavera con gran curiosidad—. Supongo que no será reducción de un auténtico cráneo humano —dijo.

—No. Es marfil —contestó Shactor—. Entre los “Wanoossis” hay grandes escultores.

—¿Puedo quedármela? —rogó Tommie—. Me gustaría conservarla como recuerdo.

—No faltaría más —accedió el cazador.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Nos volvemos o seguimos adelante? —exclamó O'Connor muy nervioso.

—Yo sigo adelante —replicó Tommie—. Pero no pondré obstáculos al que quiera retirarse.

—¿Vamos a volvernos ahora? —dijo Reaman, mirando despectivamente al fotógrafo—. Ese aviso puede ser muy eficaz para un indígena ignorante, pero no debe causar mella en personas civilizadas, que disponen de armas de fuego seguras y eficaces.

—Esto no me gusta un pelo —se quejó O'Connor—. Tommie, cuando me hablaste de la expedición, no dijiste que debíamos correr tantos peligros.

—Peor es cruzar Piccadilly Circus a las seis de la tarde y sin señales de tráfico —contestó la joven fríamente—. De todas formas, puedes coger un “Land-Rover” y volverte, si ese es tu gusto —miró al cazador—. Señor Shactor, ¿está seguro de que esta noche no nos atacarán los “Wanoossis”?

—Moderadamente seguro tan solo. Lo más probable es que esperen a mañana para ver si hemos hecho caso de su advertencia.

—Entonces —Tommie se puso en pie—, me voy a dormir. Buenas noches a todos.

—Buenas noches —contestaron los hombres a coro.

—¿Qué pasará si seguimos adelante? —insistió el fotógrafo, cuyo nerviosismo iba en aumento.

—No se puede predecir aún nada —respondió Shactor tranquilamente—. Hasta pasado mañana por la noche no acamparemos al pie de la cordillera, ya en los límites de su territorio. Supongo que en ese momento tomarán una decisión, pero también es posible que yo haya podido entrar en contacto con ellos.

—No me queda otro remedio que continuar —refunfuñó O'Connor—, pero si lo llego a saber...

Se alejó rezongando entre dientes. Reaman y Parrock no tardaron en desfilas también.

Al quedarse solo, Shactor se dio cuenta de que tenía la mano manchada parcialmente con la pintura de la flecha. Tomó una servilleta de papel y frotó la zona afectada.

—Los “Wanoossis” parece que están de mal genio —comentó M'bani suavemente.

—Nunca lo tuvieron bueno, en efecto —convino el joven pensativamente. Hizo una bola con la servilleta y la tiró sobre un plato—. Esa chica debe tener mucho interés en el dinero de su marido, para venir hasta aquí, sabiendo cómo están las cosas.

—Más interés tienen los hombres —sonrió el nativo—. A ti te haría olvidar a Stella, *bwana*.

—No me hables de mujeres ahora, M'bani —masculló el joven—. Tommie Farland es otra que tal; tampoco le gustaría quedarse a vivir conmigo en Kenya. Eso, en el supuesto de que un día llegásemos a ponernos de acuerdo en este punto. Pero una vez que haya comprobado la muerte de su esposo, dará media vuelta y en su vida volverá a acordarse de África.

—Tal vez —concordó M'bani.

Después de la medianoche, Shactor, tal como era su costumbre cuando guiaba un “safari”, se levantó a dar una vuelta por las inmediaciones del campamento. Con su Express en la mano, recorrió el espacio cercano, sin acercarse a los pozos, donde sabía que podía tropezarse fácilmente con alguna familia de leones abrevando. Derivó principalmente hacia el norte, en dirección opuesta a los pozos, alcanzando una distancia de mil metros. Se detuvo y permaneció escuchando largo rato.

Era el único sentido que podía utilizar. No había luna y la oscuridad era casi total. A cinco pasos de distancia, las tinieblas resultaban absolutas.

Regresó al campamento al cabo de unos minutos. Todo parecía en orden. Aún podría dormir dos o tres horas más, antes de levantarse para disponer la marcha.

Cuando se disponía acostarse, divisó dos sombras a corta distancia del lugar en que se hallaban. Una de ellas le pareció Ann Barjohn. La otra era un hombre, indudablemente: Reaman o Parrock; ambos poseían una figura sumamente parecida, al menos en semejantes circunstancias.

La pareja discutía con cierta acritud. El hombre agitaba las manos con vehemencia, en tanto que ella negaba una y otra vez.

—Eres tonta —oyó el cuchicheo del sujeto—. No creo que te cueste tanto hacer lo que te pido.

—No, es peligroso. No me gusta, no me gusta y no me gusta —insistió Ann en su negativa.

—Está bien —dijo él—. Tú te lo pierdes, tonta. Pero mejor ocasión que esta no volveremos a encontrar.

—¿Tú crees? —preguntó ella con avidez.

—Claro que sí. Un procedimiento rápido y sencillo... y, sobre todo, seguro.

—Es que... tengo miedo —se quejó Ann.

—¿Miedo? En el peor de los casos, ¿qué te podría ocurrir a ti? Yo cargaría con la responsabilidad... pero te digo y te repito que no pasará nada. Es solo un pequeño trabajito el que tienes que hacer; precisamente, el que a mí me está vedado, ¿comprendes?

—¿Y después?

Shactor oyó una cínica risita.

—Después... ¿es que no te lo figuras? Anda, acércate, cariño. ¿Cuándo íbamos a soñar que se nos presentase una coyuntura como la presente?

Las dos siluetas se fundieron en una sola. A Shactor no le agradaba contemplar ciertos espectáculos, por lo que volvió la vista a un lado.

Buscó su hamaca y, tras envolverse en una manta, se tendió en ella. Estuvo contemplando las estrellas un buen rato, reflexionando concentradamente sobre la conversación que acababa de escuchar y cuyo desarrollo no le había gustado en absoluto. Luego, sin saber cómo, se quedó profundamente dormido y no se despertó hasta que M'bani le llamó

para desayunar.

CAPÍTULO V

En cuanto tuvo ocasión propicia, hizo un aparte con Tommie Farland.

—Mientras desayunamos, exprese su deseo de viajar conmigo en mi coche —dijo a la joven—. Quiero hablar con usted.

Tommie le miró con los ojos muy abiertos. Luego movió la cabeza en señal de asentimiento.

—De acuerdo —contestó en voz baja.

Tommie formuló su petición cuando terminaban de desayunar. Shactor asintió con toda cortesía:

—No faltaría más, señora Farland.

Creyó ver un relámpago de despecho en los ojos de Reaman, pero no hubiera podido asegurarlo. Poco después, los porteadores empezaron a levantar el campamento.

M'bani se colocó en la zaga de “Land-Rover” Shactor se situó tras el volante. Dio gas y el vehículo arrancó de inmediato.

—Está bien —dijo Tommie, devorada por la impaciencia—. Suéltelo ya, señor Shactor.

—Me gustaría que contestase con toda franqueza a unas cuantas preguntas más —pidió él—. Tal vez me llame usted entrometido o detective aficionado, pero no puedo olvidar que soy el jefe del “safari” y que debo velar, ante todo, por su seguridad. ¿Ha comprendido?

—Perfectamente —respondió la joven—. Adelante, cuando guste.

—Supongamos, como es lo más fácil, que su esposo haya muerto. ¿A cuál de los dos hombres —descartando a O'Connor, claro— prefiere usted? Tommie respingó.

—¡Señor Shactor! ¿Cree de veras que esta pregunta tiene algo que ver con la seguridad del “safari”?

—Sí —contestó él tajantemente—. Usted es rica, inmensamente rica, según tengo entendido. Si su esposo es declarado legalmente muerto, usted pasará a disfrutar sin trabas de su fortuna, ¿no es así?

—Desde luego. Pero ¿qué tiene que ver esto con...?

—Los tres hombres la pretenden a usted, o mejor aún, a su dinero. El fotógrafo queda fuera de juego; lastimosamente, no tiene una figura muy agradable, aunque, claro está, no es culpa suya. Hemos de centrar, pues, la disputa, entre Reaman y Parrock. ¿Cuál de ambos le gusta más?

—Ninguno —respondió Tommie tajantemente—. Son buenos amigos, pero la cosa no ha pasado, ni pasará de ahí.

—Parrock es el albacea y administrador de los bienes de su esposo.

—Sí.

—Y Reaman un sujeto cuyos únicos bienes de fortuna son sus treinta años y una figura apuesta.

—Sí.

—Usted es joven, hermosa y rica.

Tommie exhaló una risa nerviosa.

—¡Se matarán por mí! —exclamó.

—No me extrañaría —contestó el joven.

Ella le dirigió una mirada inquisitiva.

—¡Oiga! ¿De dónde ha sacado esas ideas tan disparatadas?

—Anoche capté algo... —respondió él ambiguamente—. Dígame, ¿qué papel pinta Ann Barjohn en todo este asunto?

—Es una buena amiga mía. Ya lo éramos de solteras... ella lo sigue siendo, como usted sabrá, sin duda alguna. Me pareció oportuno traérmela como invitada a este “safari”. Fue mi dama de honor en mi boda.

—Y ahora hace de dama de compañía.

—Aproximadamente —reconoció la joven.

—Ann está enamorada de uno de sus dos pretendientes.

Tommie respiró de nuevo.

—¡Eso es una estupidez! ¡Y yo no tengo ningún pretendiente...!

—Los tres hombres ambicionan conquistarla... la pretenden, en suma. Si eso no es ser pretendiente... —dijo el cazador con sorna.

Tommie se quedó pensativa durante unos minutos.

—Bien —habló al cabo de un buen rato—, y ¿qué tiene que ver todo esto con la seguridad del “safari”, señor Shactor?

—Quizá me llame usted pesimista por un lado, presuntuoso por otro... y qué sé yo cuántas lindezas más, señora Farland —respondió el joven—. Pero lo cierto es que al cabo de unos cuantos años en el oficio, se aprende a conocer a la gente, créame.

—¿Y bien?

—Antes, en broma, usted dijo que ellos se matarían por usted. Yo le contesté que no me extrañaría, pero no es broma.

—¡Señor Shactor! Creo que se está pasando usted de la raya —dijo la joven indignada—. Si sigue así, le ordenaré parar y me iré a mi coche.

—No podré evitarlo —replicó él fríamente—. Y usted tampoco podrá evitar que la verdad siga siendo verdad; aunque se empeñe en no escucharla.

—Parece usted un ave de mal agüero. ¿Acaso está pronosticando un crimen? Todos son excelentes personas, señor Shactor —declaró Tommie calurosamente.

—No lo dudo, pero una mujer joven, hermosa, rica y libre puede inspirar, aunque no lo crea, las ideas más disparatadas.

—¡Yo tengo un esposo...!

—Su esposo está muerto, no le demos más vueltas —le interrumpió él

—. Y ahora, esos tres sujetos la ambicionan a usted... a su fortuna, mejor dicho. En fin, este es un problema que deberá resolver usted por sí misma; bastante tendré yo con cuidar de la seguridad del “safari”.

Ella se quedó pensativa de nuevo.

—Pero ¿cómo puede usted asegurar tal cosa? —exclamó, sumamente intrigada.

—No lo aseguro, sino que me limito a sospecharlo y a prevenirla a usted —repuso Shactor—. ¿Dice que el amuleto “wanoossi” le llegó por correo?

—Sí.

—¿Examinó el sobre?

—No. Lo arrojé a la papelera después de haber extraído su contenido. Estaba tan asombrada que...

—Lo recibió en Londres, ¿no es verdad?

—Sí.

—Y ese amuleto le hizo sospechar a usted que su esposo, por un medio que nos es totalmente desconocido aún, la avisó para que fuese a rescatarle de la cautividad en que yace en una mazmorra “wanoossi”. No podría escribirle una carta, pero sí hacer que alguien le enviase ese amuleto. Usted indagaría sobre su origen, obtendría las correspondientes deducciones y actuaría en consecuencia.

—Un razonamiento muy acertado —convino ella—. Sí, el amuleto me convenció de que Bram sigue con vida todavía.

Shactor meneó la cabeza.

—En este mundo no es posible emitir una afirmación tajante, si no se poseen pruebas contundentes que permitan hacerlo sin temor a error —dijo sentenciosamente—. Por lo tanto, y aunque remotísima, cabe que exista una posibilidad de que su marido siga con vida. Pero si yo fuera usted, no basaría mis esperanzas en el amuleto.

—¿Por qué? —quiso saber ella.

—Porque es falso.

* * *

La ruta se caracterizaba por su monotonía, cuando menos para un hombre como Sheldon Shactor, a quien todo cuanto veía le resultaba ya harto conocido. Los rebaños de gacelas, que corrían velocísimamente, las manadas de jirafas y de búfalos, las más pequeñas de rinocerontes y elefantes y, en general, la exuberancia de la fauna africana era algo que no provocaba su interés, salvo en función de su ocio. En cambio, sus huéspedes, nuevos en el continente, contemplaban con ojos pasmados cuanto veían y procuraban dejar constancia gráfica por medio de sus cámaras, de las que, sobre todo O'Connor, hacían un uso exorbitante.

La cordillera Z'nakri parecía estar continuamente en el mismo sitio,

lejana, inalcanzable y, sin embargo, pareciendo que podía tocarse con solo estirar la mano. Cada vez que pensaba que debía introducirse en sus inextricables anfractuosidades por segunda vez, Shactor torcía el gesto sin darse cuenta de que lo hacía.

Muy posiblemente, la sola traición de Stella no hubiera bastado para convencerle de hacer el viaje. Era el amuleto falso el culpable de su decisión; había provocado en su ánimo una viva curiosidad y quería desentrañar y llegar al fondo del misterio que significaba aquel trozo de tela tejido por unas manos acaso de color blanco.

Divisaron un grupo de frondosos árboles a la orilla de una corriente de agua. Shactor guió el “Land-Rover” hacia allí y lo detuvo a la sombra de uno de ellos.

—Descansaremos una hora —dijo—. Le ruego no hable con sus compañeros de nuestra conversación ni, mucho menos, mencione el amuleto falso.

—Está bien —contestó ella envaradamente, abriendo la portezuela.

—Ponga semblante normal. Así parece que acaba de ver a un fantasma. Tommie le dirigió una pálida sonrisa.

—Perdóneme —dijo brevemente. Y saltó al suelo.

Shactor se puso un cigarrillo en la boca. La mano de M'bani subió en el acto por encima de su hombro, con un mechero encendido.

—Mujer blanca quedar hecha polvo —dijo pintorescamente.

—Sí —sonrió el joven—. Esperemos que sepa recoger el amuleto y guardarlo en sitio seguro, antes de que el que lo envió pueda recuperarlo. Sabe que es una falsificación y puede pensar que existe la posibilidad de que nos demos cuenta de ello.

La había dado el amuleto a la joven al día siguiente de verla, en la víspera de la partida, aunque no le había mencionado su falsedad hasta aquella mañana. Ahora le había dicho que lo guardase cuidadosamente; era preciso saber cuál de aquellos tipos había sido el autor del envío.

Después del descanso, emprendieron la marcha de nuevo. Cuatro horas más tarde, hicieron el alto cotidiano para pasar la noche.

Los viajeros saltaron de los vehículos para estirar las piernas.

—No se alejen excesivamente del campamento —recomendó él—. Y en cuanto oscurezca, todos aquí.

—De acuerdo —fue la respuesta general.

Ann Barjohn se dirigió a Reaman.

—Stewart, ¿me acompañas a dar un pequeño paseo?

—Claro, no faltaría más —contestó el parásito cortésmente.

Los porteadores estaban levantando ya el campamento con la presteza y la habilidad que les era acostumbrada. De pronto estalló una disputa y dos de ellos se acometieron a golpes.

Shactor corrió hacia el lugar del incidente y los separó a viva fuerza,

manteniéndolos apartados con los brazos extendidos. Pese a todo, los dos portadores discutían a grito pelado, lanzándose mutuamente terribles insultos en swahili, el idioma más común a todos los pueblos del África Central y Oriental.

—¡Basta! ¡Silencio! —gritó el joven, haciéndoles callar—. ¿Por qué os estabais peleando?

Eran Shanga y N'teba. Este acusó a Shanga de haber estado a punto de matarlo.

—No sabe manejar el mazo —bramaba, rabioso y colérico—. Si no doy un salto, me machaca la cabeza.

—Fue involuntariamente —protestó Shanga con toda la potencia de sus pulmones—. Él hizo un gesto extraño y se me colocó delante...

—¡Embustero! —aulló N'teba.

—¡Silencio! —ordenó Shactor—. Shanga, por esta vez, te voy a conceder el beneficio de la duda y no te haré nada. Pero ya te tuve empleado en una ocasión y sé cuál es tu forma de comportarte. Por lo tanto, si te veo metido en otro jaleo, te echaré a patadas del campamento y tendrás que regresar a pie a Nairobi.

Se volvió hacia el otro.

—Y tú, N'teba, haz tu parte de labor y no te metas en la de otros; así evitarás líos y jaleos. ¿Está claro?

—Sí, señor —contestó el nativo de mala gana. Arrojó una mirada de odio a Shanga y se marchó, rezongando mil denuestos.

—¡Vamos, dispersaos! —gritó Shactor a los demás portadores, que se habían acercado a presenciar el incidente—. ¡A trabajar todo el mundo!

CAPÍTULO VI

Una hiena rio estridentemente. Sonaron gruñidos lejanos. Un león rugió y su voz se extendió poderosamente por todo el ámbito de la planicie. Los ruidos de los demás animales callaron, atemorizados por la presencia de su rey.

El león estaba hambriento y buscaba una presa. Era necesario pasar desapercibido para no servirle de alimento.

El león rugió dos o tres veces más y luego se alejó. Al cabo de un rato, la hiena volvió a emitir su característica risa.

Tommie Farland se agitó inquieta en su lecho. Hacía rato que estaba despierta.

No podía dormir. Había conciliado el sueño apenas acostada, para unas horas más tarde despertarse bruscamente, sin saber las causas. Había hecho esfuerzos por volver a dormirse otra vez, pero con resultado inútil; se daba cuenta de que ya no se dormiría en el resto de la noche.

Dentro del remolque, el único sonido que se escuchaba era el de la sosegada respiración de Ann, quien dormía apaciblemente. Tommie envidió la placidez del sueño de su amiga, libre de preocupaciones... salvo de la de encontrar un buen marido. Pero esto no debía ser empresa de mayores dificultades para una chica tan hermosa como Ann.

Nerviosa e inquieta, echó a un lado el embozo de la cama y se sentó en el borde. Introdujo los pies en unas zapatillas y luego, a tientas, buscó la bata, que se colocó, sujetándosela con el cinturón. Alargó la mano y cogió de un estante próximo un paquete de cigarrillos y un encendedor.

Salió fuera del remolque sin hacer el menor ruido. El campamento aparecía sumido en el silencio. A fin de evitar desagradables sorpresas nocturnas, había algún vigilante, pero no sabía dónde podía estar. Confío en no asustarlo; la relativa claridad de sus ropas podía hacerla pasar por un fantasma a los ojos asustados de un nativo poco cultivado.

Encendió el pitillo e inhaló el humo con satisfacción. Caminó lentamente, pensando en la conversación sostenida con el cazador. ¿Tenía razón aquel hombre?

Aparentemente, no había motivos razonables para dudar de sus palabras. En tal caso, ¿quién y por qué le había enviado aquel falso amuleto?

Tenía que ser conocido de ella, no cabía duda. Uno de los tres hombres... conocía sus deseos de buscar a Bram, no solo cuando recobró la memoria después de cuatro años de amnesia total, sino de antes, cuando sus cartas fallaron y dejaron de llegarle. Por lo tanto, el amuleto no había

sido sino la punta del acicate que había vencido sus últimas dudas y vacilaciones, obligándola así a emprender la expedición. En alguna ocasión, se había mostrado desanimada y convencida de que Bram estaba muerto. Por lo tanto, el hombre que había querido conducirla a África había empleado aquel medio para obligarla a emprender el viaje.

¿Por qué? se preguntó una y otra vez, sin poder hallar una respuesta a tan acuciantes preguntas.

Repentinamente, una risa de tonos agudos sonó cerca de ella. Se dio cuenta de que tenía una hiena a dos pasos de distancia y, sin poder contenerse, lanzó un grito agudo.

Giró sobre sus talones, huyendo hacia su “trailer”. Al hacerlo, tomó una dirección distinta. De repente, tropezó con algo y cayó al suelo cuan larga era.

La hiena huyó, gritando ferozmente. El campamento se puso en conmoción en el acto.

Asustada, empavorecida, Tommie quiso ponerse en pie. Entonces, su mano se apoyó en otra mano.

Lanzó un agudo chillido.

Una luz brilló. Se oyó la poderosa voz del cazador.

—¡M’bani, N’teba, luces, pronto! —ordenó.

—¡Aquí, aquí! —gimió ella agudamente, arrastrándose por el suelo, para apartarse de aquella horrible cosa que había tocado unos segundos antes—. ¡Aquí, señor Shactor!

Un farol osciló. La luz de una antorcha eléctrica resbaló por el suelo y acabó por iluminar su cabeza y su pecho.

—¡Señora Farland! —exclamó Shactor, corriendo hacia ella.

Tommie alargó un brazo, lívida de terror.

—Ahí, ahí —gimió.

Shactor se plantó de un salto junto a, ella.

—¿Está herida? ¿Ha sufrido algún daño? —preguntó.

—No... no... Una hiena me salió de repente al paso... Me asusté, eché a correr... y tropecé con... ¡Hay un hombre muerto! —gritó casi histéricamente.

N’teba llegó en aquel momento con el gran farol de petróleo que empleaban para alumbrar la mesa durante la cena. Un notable resplandor se expandió por el lugar.

—¡Dios mío! —murmuró el joven, al ver el cuerpo tendido de bruces sobre el suelo.

M’bani, Parrock y Reaman llegaron en aquel instante, deteniéndose junto al cadáver de O’Connor, de cuya espalda sobresalía el astil emplumado de una flecha “wanoossi”. La diminuta calavera pendiente del extremo de la flecha oscilaba todavía.

Shactor ayudó a la joven a ponerse en pie. Tommie volvió las espaldas

al espectáculo, temblando todavía de pánico. Ann llegó en aquel instante y lanzó otro chillido.

—Lo mejor que podrían hacer las mujeres es retirarse al remolque —dijo el joven severamente—. Vuélvanse allí.

Ann y Tommie obedecieron sin replicar. Los demás porteadores iban acudiendo atraídos por el escándalo.

—Los “Wanoossis” han cumplido su amenaza —dijo el abogado.

Shactor se arrodilló junto al cadáver.

—No —contestó.

Reaman pegó un respingo.

—¿Qué es lo que quiere decir, Shactor?

—¿Sostiene que no ha sido un “wanoossi” el que ha matado al pobre O’Connor? —preguntó Parrock—. Vamos, las pruebas están bien a las claras. Esa flecha...

—Esa flecha será “wanoossi”, pero no ha sido disparada por ningún miembro de esa tribu —atajó Shactor—. Es la misma que nos lanzaron como amenaza anteanoche y que alguien ha empleado para asesinar a O’Connor y achacar luego su muerte a los “Wanoossis”.

Se puso en pie.

—¿Cómo puede asegurar tal cosa? —inquirió Reaman agresivamente—. ¿Es que va a tacharnos de asesinos a Parrock o a mí?

—Examine la flecha con cuidado —contestó el joven serenamente—. Anteanoche, cuando la desclavé de la mesa, me llevé parte de su pintura, que no debía estar bien seca del todo. M’bani puede corroborar este hecho; él me entregó una servilleta de papel para limpiarme la mano derecha. Fíjense en el astil, en ese sector que está a unos quince centímetros de las plumas.

La flecha estaba pintada de negro, con algunas rayas rojas y blancas, parte de las cuales aparecían casi borradas. Las manifestaciones del cazador no podían ponerse en duda.

—¿Quién tenía interés en asesinar a O’Connor? —quiso saber el abogado.

Shactor se encogió de hombros.

—No lo sé con exactitud. Pero es evidente que alguien lo mató intencionadamente... ignoro con qué fin —no quiso decir que presumía los motivos, pero como carecía de pruebas contundentes, prefirió callar.

—En cuanto a mí —dijo Reaman—, rechazo tajantemente cualquier acusación en tal sentido. Estaba dormido y no me enteré de nada hasta que escuché los gritos.

—Digo lo mismo —habló el abogado—. Si sospecha de nosotros, ya puede pensar en otra cosa; es tiempo perdido.

—Además, por la misma razón, el señor Parrock y yo podemos sospechar de usted —añadió Reaman—. Y el hecho de que la pintura esté

borrada, no es prueba de que se haya cometido un crimen por parte de alguien perteneciente al “safari”. También el “wanoossi” que manejó el arco y la flecha pudo borrar parte de la pintura al hacer su disparo.

Shactor se volvió a su ayudante.

—M’bani, ve al remolque y pide a la señora Farland la flecha que le entregué anoche —estaba seguro de obtener una negativa.

—Sí, *bwana*.

Hubo una pausa de silencio. De pronto, Shactor recordó un detalle.

—¿Quién estaba de vigilancia a estas horas? —preguntó, sin dirigirse a nadie en concreto.

—Shanga —respondió N’teba con presteza.

El joven paseó la vista por los rostros de todos los circunstantes. Shanga se destacó casi en el acto.

Parecía confundido y avergonzado.

—Lo siento, *bwana* —dijo—. Debí dormirme en ese momento y...

Shactor crispó los puños.

—Fui un tonto al permitir que continuaras en el “safari”, Shanga. ¿A qué imbécil se le ocurrió contratarte?

El nativo bajó la cabeza. Shactor hubo de realizar un verdadero esfuerzo sobre sí mismo, para no arrojarle contra Shanga y molerle a puñetazos. Si el porteador hubiese estado despierto, el asesino no habría podido cometer su crimen.

—Apártate de mi vista —dijo furiosamente—. Quítate de delante de mí y procura no ponerte en mi camino en lo que resta de “safari”.

El negro huyó a la carrera, cruzándose en el camino con M’bani, quien regresaba con la flecha “wanoossi” en la mano.

—La flecha, *bwana* —dijo.

Shactor tomó el proyectil con gesto lleno de estupefacción. Comprobó el astil; la pintura faltaba en algunos sitios.

Sonó una agria risita.

—¿Qué nos dice ahora el detective aficionado? —exclamó Reaman despectivamente.

Shactor le dirigió una dura mirada.

—A pesar de todo, no estoy tan seguro de que haya sido un “wanoossi” —contestó.

—¿Por qué? —preguntó el abogado.

—Por la sencilla razón de que la amenaza fue hecha para que no invadiésemos su territorio. Cuando concluya la jornada de hoy, acamparemos al pie de la cordillera. Ahí empiezan los límites del territorio “wanoossi”, y es a partir de ese momento cuando debemos temer su reacción.

El abogado se encogió de hombros.

—Bien, entonces permaneceremos vigilando por turnos y con las armas

a punto. Esto bastará para mantenerlos a raya, digo yo.

—Lo dudo —contestó Shactor secamente. Y su mano se crispó en torno al astil de la flecha. Estaba seguro de que O'Connor había sido asesinado, pero no tenía pruebas en que basar sus afirmaciones.

CAPÍTULO VII

Después de amanecer, sepultaron a O'Connor. Shactor sacó una Biblia y leyó el Salmo XXIII que fue escuchado con recogimiento por todos los presentes.

Una vez terminada la fúnebre ceremonia, Shactor se retiró a su automóvil. Salió media hora más tarde, con unos documentos en la mano, que llevó hasta la mesa donde, en silencio, tomaban su desayuno los demás miembros del “safari”.

—Agradeceré que me firmen estas actas —dijo.

—¿Qué dicen? —preguntó el abogado, calándose las gafas para leer el contenido de los papeles.

—Cuando regresemos a Nairobi, habré de presentar a las autoridades un informe de lo sucedido —respondió el cazador—. Necesito que avalen ese escrito con sus firmas. El segundo documento es una simple copia.

Parrock repasó el informe y firmó sin más discusión. Luego lo hicieron las dos mujeres.

Los papeles llegaron a manos de Reaman. Este los leyó y firmó acto seguido, devolviéndoselos al joven. Una sonrisa irónica brillaba en sus labios.

—De modo que no se ha atrevido a poner en su informe que se trata de un asesinato —dijo.

Los ojos del joven centellearon.

—Quizá es que no tengo una completa seguridad de que lo sea —contestó.

—¿Por qué había de ser un asesinato? —quiso saber Ann Barjohn.

Reaman se volvió hacia la opulenta pelirroja.

—Querida, nuestro jefe de “safari” es, además de un competente cazador, un detective aficionado. En este campo, preciso resulta reconocer que no alcanza el grado de sublimidad a que ha llegado en su auténtica profesión. Quiso lucirse, sosteniendo que el pobre Félix había muerto asesinado por uno de nosotros dos, pero su acusación se cayó por su base cuando el buen M'bani trajo la flecha que guardaba en el “trailer” nuestra encantadora anfitriona.

Shactor soportó impasible la ironía que latía en aquellas frases. Tommie le dirigió una inquisitiva mirada.

—¿Había sospechado usted, un crimen, señor Shactor?

—Sí. En un principio, eso es lo que pensé —contestó—. Debo reconocer, sin embargo, que me equivoqué rotundamente, por lo que presento mis excusas a quienes pudieron sentirse afectados por mis

palabras.

—Eso no reza conmigo —declaró Reaman con desenvoltura—, por lo que las excusas sobran.

—Es bueno oírle pedir perdón —habló Parrock, envaradamente—. De habernos hallado en otro sitio, yo le hubiese obligado a purgar esas acusaciones estúpidas y sin fundamento. Una demanda judicial le habría curado a usted las ganas de hacerse llamar el “Sherlock Holmes” de Kenya.

Shactor se sirvió el té sin inmutarse.

—Lo que dije, lo dije ante testigos. Ahora le he presentado mis excusas —contestó—, pero si desea demandarme cuando regresemos a Nairobi, estaré presto a responder de mis palabras ante cualquier tribunal.

—Sería mejor que dejásemos esta conversación —terció Tommie con cierto aire autoritario—. El señor Shactor ha reconocido su error y deben aceptarse sus excusas. Al menos —añadió intencionadamente, mirando al abogado—, yo lo haría así.

—Está bien —accedió Parrock—. No se hable más del asunto. El pobre Félix está muerto y... Señor Shactor, ¿cree usted que los “Wanoossis” realizarán algún atentado más contra nosotros?

—Las reacciones de un hombre son siempre imprevisibles, cualquiera que sea la raza a que pertenezca y el grado de civilización que posea —respondió el cazador.

—Con lo cual no nos aclara usted nada —dijo Reaman sarcásticamente. Shactor se puso en pie.

—Lo siento, no puedo decir más... a fin de no cometer otros errores —contestó con no menor ironía—. Con permiso; voy a disponerlo todo para levantar el campamento.

Cuando estaban a punto de arrancar, Tommie se le acercó.

—Señor Shactor, desearía viajar en su coche, si no tiene algún inconveniente que oponer.

—Ninguno, por supuesto —sonrió él—. Suba, señora Farland.

La joven se acomodó en la cabina. Shactor arrojó un vistazo a la hilera de vehículos y, viendo que estaban dispuestos, se sentó tras el volante, arrancando acto seguido.

Detrás de la nube de polvo que levantaban, quedó una tumba señalada por una cruz hecha con tablas de un cajón vacío.

* * *

Transcurrieron algunos minutos en silencio. Tommie esperó a que Shactor hubiese establecido el rumbo y el ritmo de marcha para empezar a hablar.

—Supongo que se habrá figurado por qué he querido venir con usted —dijo sin más preámbulos.

—Me lo imagino —sonrió Shactor—. Empiece a preguntar.

—En serio, ¿cree usted que ha sido un asesinato?

Shactor meditó la respuesta unos segundos.

—Aún no nos hallamos en territorio “wanoossi” —dijo al fin.

—De modo que si hubiésemos franqueado ya los límites, podría suponerse la autenticidad del ataque “wanoossi”.

—Es lo más acertado que se podría pensar, señora Farland.

—Pero usted creyó en la hipótesis del asesinato desde un principio —dijo ella.

—Sí, ¿por qué negarlo?

—Pensó tal vez que el asesino había robado la flecha de mi “trailer”, ¿no es cierto?

—Sí.

Tommie guardó silencio unos instantes.

—La flecha estaba donde la dejé yo —murmuró pensativamente—. Pero ¿no cabría la posibilidad de que alguien la hubiese cogido, sin que yo me diese cuenta, por supuesto, y luego la hubiera devuelto a su sitio?

El terreno era llano y sin obstáculos. Shactor pudo volver los ojos hacia la joven.

—¿Por qué iba a hacer una cosa semejante? —preguntó.

—Para reproducir en el astil de la flecha las huellas que usted dejó borrando parcialmente la pintura al arrancarla de la mesa cuando nos la tiraron la primera noche.

Shactor consideró las palabras de la joven.

—En todo caso, es algo que no tiene sentido —dijo al fin—. Opino que lo más lógico habría sido dejar la pintura tal como estaba, ¿no cree?

—Desde luego. Sin embargo, suponiendo que se trate de un auténtico asesinato, al criminal podría interesarle introducir un elemento de confusión que dificultase, o incluso impidiese, las investigaciones encaminadas a descubrir su identidad.

—Quizá —convino el joven—. Lo cierto, irrefutablemente cierto, es que uno de sus pretendientes ha muerto y que, personalmente, se me hace muy cuesta arriba creer que fue un “wanoossi” el autor de su muerte.

—Cuando disparan sus flechas, ¿colocan siempre una calavera en el extremo emplumado del astil? —preguntó ella—. Debe resultar muy incómodo disparar una flecha en tales condiciones.

—¡No, claro que no! —respondió Shactor—. ¡Qué tonto he sido! La calavera no es más que el aviso de muerte, pero en caso de cumplir sus amenazas, no tirarían flechas adornadas de semejante manera.

—Luego eso es una prueba más de que Félix murió asesinado —dijo Tommie. Y agregó—: Lo cual sugiere una pregunta inmediata: ¿Por qué?

—Un pretendiente eliminado, despeja siempre el camino hacia su corazón y sus millones —dijo él sentenciosamente.

Tommie hizo una mueca.

—Son buenos amigos, y Félix también lo era. Pero cualquiera de ellos habría y habrá de cubrir mucho trecho antes de que me interese en un sentido distinto y más íntimo.

—Lo cual significa que sigue amando a su esposo.

La joven reclinó su cabeza en el respaldo del asiento. Dejó que su vista vagase hacia el frente, sin mirar a un punto determinado.

—Cuando me casé con Bram —contestó—, yo tenía diecinueve años y las ilusiones propias de esa edad —su voz tenía matices evocadores—. Al año escaso, Bram, que contaba doce más que yo, se vino a Kenya. Desde entonces, han pasado cinco largos años. No sabría, en este momento, definir con exactitud los sentimientos que abrigo hacia él. Tendría que encontrarlo de nuevo... para poder conocerme a mí misma en ese sentido, pero no puede estar vivo. Usted tiene razón.

—Entonces, ¿por qué vino a África? ¿No le habría sido más fácil y cómodo esperar el plazo correspondiente para pedir una declaración de muerte legal y entrar así en la total posesión de su herencia?

Tommie se pasó la mano por la frente.

—Cuando sufrí el accidente que me tuvo cuatro años fuera de este mundo, estaba tremendamente ansiosa por venir a Kenya en su busca. Al despertar y recuperarme, pensé igual en los primeros momentos, pero cuando me enteré que en todo aquel tiempo no se habían tenido noticias suyas, empecé a vacilar un tanto sobre mis propósitos.

—Y entonces, recibió un amuleto falso, que usted supuso enviado por su esposo.

—Justamente. Eso fue lo que me decidió. De lo contrario...

Shactor sacó cigarrillos. Ella prendió dos y le pasó uno ya encendido.

—Confirmaremos la muerte de su esposo —dijo el cazador—. Usted volverá a Londres y, en un par de años, habrá olvidado todo. Es joven y guapa, y esas cualidades están muy bien adornadas con una sólida fortuna. ¿Cuánto tiempo tardará en encontrar otro esposo?

Tommie se sonrojó.

—Tengo miedo de que el que diga quererme, quiera aún más a mi dinero. ¡Y sería tan horrible sufrir otra decepción! Un esposo muerto... y otro que solo buscaba mi dinero...

Cerró los ojos y respiró profundamente.

—Usted, aquí, en África, carece de semejantes problemas, señor Shactor. Vive feliz, acomodado a sus posibilidades, en un ambiente y ejerciendo una profesión que le agradan... ¿Qué más puede pedir?

—Olvida usted que a estas horas debería hallarme ya en Londres, junto a mi prometida —contestó él ceñudamente.

—Es verdad —dijo ella, recordando bruscamente el fracaso sentimental del cazador—. ¿Por qué se casó con otro?

Shactor se encogió de hombros.

—Supongo que no le agradó la perspectiva que le esperaba. No todas las mujeres se aclimatan a vivir en estos parajes.

—Pues a mí no me importaría en absoluto... ¡Eh! ¿Qué es eso? —exclamó Tommie de repente, señalando un punto a lo lejos, al final visible del camino.

Shactor frunció el ceño. Una exclamación de sorpresa brotó de sus labios.

A menos de cien metros de distancia, un hombre acababa de surgir de entre unos arbustos espinosos que bordeaban el camino y les hacía señas para que se detuviesen.

CAPÍTULO VIII

Shactor aplicó el freno, y el “Land-Rover” se detuvo en el acto. Abrió la portezuela y saltó al suelo, a unos pasos tan solo del desconocido.

Este era un hombre de unos cuarenta años, barbudo, con una profunda cicatriz que le surcaba la mejilla izquierda desde la sien al mentón. Su estatura era ligeramente inferior a la del joven y parecía ser muy fuerte. Sus ropas se hallaban en un estado indescriptible y pendiente de su hombro izquierdo por una correa, colgaba un rifle de caza Máuser, en buen estado. Unas gafas negras ocultaban sus ojos, velando las retinas del fuerte resplandor del sol que batía la sábana con furia.

Shactor procuró ocultar la sorpresa que le causaba la presencia del desconocido en un paraje absolutamente desierto, disimulando su suspicacia, avanzó hacia él.

—Hola —saludó cortésmente.

—Celebro verles —contestó el individuo—. Me llamo Ted Hodgins y ha sido una suerte para mí encontrarles en estos parajes. Mi coche volcó y se estropeó irremisiblemente a cinco millas de aquí. Tuve que abandonarlo; no me servía para nada.

—Soy Sheldon Shactor —contestó el joven—. La señora Farland —presentó a Tommie.

El hombre se destocó el sombrero raído que ocultaba su cráneo casi limpio de vello.

—Señora —murmuró. Luego volvió sus ojos hacia el cazador—. ¿Es indiscreto preguntarles hacia dónde se dirigen ustedes?

—Vamos a territorio “wanoossi” —contestó Shactor—. Lo siento, pero si quiere volver a Nairobi, tendrá que unirse a nuestra expedición. ¿Viajaba solo? —preguntó de repente.

—Me acompañaba un nativo. Murió en el accidente —respondió Hodgins, mirando a la joven fijamente.

En aquel momento llegaron los demás: Ann, Reaman y Parrock. Shactor hizo las presentaciones.

—El señor Hodgins se agregará a nuestro “safari”. Su coche se averió —explicó a continuación.

—¿Cazador? —preguntó Parrock curiosamente.

—Digamos algo por el estilo —admitió Hodgins ambiguamente—. ¿Qué blanco no ha cazado alguna vez en la sabana africana?

—Esto está muy lejos de Nairobi, señor Hodgins —terció Reaman suspicazmente.

—No es nada nuevo para mí —respondió el aludido—. Supongo que

tampoco puedo evitarlo.

Reaman se mordió los labios, mortificado por la aguada respuesta del individuo. Intervino Shactor:

—Está bien —dijo—; no perdamos más tiempo. Señor Hodgins, cerebro haberle salvado de un grave apuro. Acomódese en uno cualquiera de los vehículos; tenemos que reanudar la marcha inmediatamente.

Hodgins se llevó dos dedos al ala del mugriento sombrero y sonrió, enseñando una dentadura amarillenta y desportillada.

—Claro, no faltaría más —contestó—. Muchas gracias, señor Shactor. Señora Farland...

Echó a andar, cojeando ligeramente al hacerlo. El grupo se disolvió en el acto.

Shactor y Tommie volvieron a la cabina. Shactor dio gas de nuevo.

—Ese hombre... —murmuró la joven.

—¿Qué le ocurre, señora? —preguntó Shactor.

—¿No le parece sospechoso que esté solo en esta parte de Kenya?

—Bueno, no es corriente, desde luego, aunque también hay sujetos que merodean por las sabanas y las regiones aparentemente desiertas para traficar con los indígenas.

—¿Traficar? ¿En qué? —exclamó ella, sorprendida.

—A veces, un nativo tiene piedras preciosas para cambiar por cosas útiles para él y los suyos. Dios sabe dónde las hallarán —por supuesto, no es cosa de todos los días hallar un sujeto con media docena de diamantes en el bolsillo—, pero el caso es que, de cuando en cuando, se encuentra alguno en tales condiciones. Y los tipos como Hodgins, que lo saben, cambian sus mercancías por esos diamantes. A un indígena le resulta mucho más útil un rifle o una sartén o una radio a transistores que unas piedras que no hacen más que brillar en su cabaña.

—Comprendo —murmuró la joven, sumamente pensativa.

* * *

Al atardecer, alcanzaron los primeros contrafuertes de la cordillera.

Shactor detuvo el coche. La altura no era muy exagerada; unos mil quinientos metros, pero lo que más impresionaba de todo era la absoluta aridez de las rocas que componían aquellos montes y el absoluto desorden en que parecían haber sido arrojadas desde lo alto por algún fenomenal cataclismo de tipo cósmico. Muros de doscientos y más metros, cresterías rocosas y aguzadas como cuchillos, ingentes amontonamientos de rocas, profundísimas hendeduras, tales eran las principales características de aquella cadena montañosa que se extendía hasta perderse de vista a ambos lados del horizonte.

Shactor saltó al suelo. Las sombras que arrojaban los vehículos eran ya muy alargadas.

—Estableceremos aquí el campamento —dijo—. Pondremos una fuerte vigilancia y durante la cena discutiremos el plan para llegar al territorio de los “Wanoossis”.

—Muy bien —aceptó Tommie—. Voy a ver si me aseo y poco antes de la cena.

Shactor se movió activamente, disponiendo todo para una mejor instalación del campamento. N'teba se encargaba de la parte alimenticia, en tanto que M'bani secundaba eficazmente los deseos del joven. En cuanto a Shanga, parecía haber abandonado sus malos hábitos y se comportaba con seriedad y disciplina.

Después de la cena, Shactor puso la cuestión sobre el tapete.

—Los coches no pueden seguir adelante —dijo.

—Eso significa que hemos de continuar a pie —habló el abogado.

—Justamente —contestó Shactor—. Y solo podremos llevar lo imprescindible, teniendo en cuenta que algunos de los porteadores habrán de quedarse aquí para vigilar el campamento.

—Los límites del territorio “wanoossi” empiezan aquí, según usted —dijo Tommie—. Pero deben tener algún poblado, algún lugar donde residir habitualmente, ¿no es cierto?

—Así es —convino el cazador—. Y es muy curioso, pueden creerme.

—¿A qué distancia se encuentra ese poblado? —preguntó Reaman.

—Dos días de marcha a pie.

—Cuarenta kilómetros, supongo.

—No. Unos treinta. Tenga en cuenta que, en primer lugar, hay dos mujeres, lo cual refrenará un tanto nuestro avance y, segundo, que no vamos a pasearnos precisamente por una carretera asfaltada.

—¿Es muy accidentado el camino? —quiso saber Ann Barjohn.

—Bastante, aunque no tanto que nos convierta en alpinistas. De cómodo, no tiene nada, puedo asegurarlo.

Las noticias que daba el joven no eran nada alentadoras. Parrock se lo dijo así.

Shactor se encogió de hombros.

—Lo siento, yo no elegí el destino y, por lo tanto, tampoco el itinerario —respondió.

—Usted dijo que no lo pasó muy bien en territorio “wanoossi” —expresó Reaman—. ¿Qué posibilidades hay de una emboscada?

—Bastantes, aunque creo que conseguiré reducir los riesgos al mínimo.

—¿Cómo? —inquirió Tommie.

—Yendo delante, con un trapo blanco atado a la punta del cañón de mi rifle. Los “Wanoossis” entienden este símbolo. Es mejor que enviar un emisario.

—Pero no es seguro que lo respeten —adujo Parrock.

—Yo no les traje aquí por mi voluntad, repito —insistió el cazador—. Si

prevaleciese mi deseo, emprenderíamos el regreso a Nairobi ahora mismo.

—No me opondré a que se vuelva el que lo desee, pero yo seguiré adelante —dijo Tommie con voz firme, paseando su vista por los rostros de los circunstantes.

Ann dejó escapar una risita nerviosa.

—A mí me parece que, en este caso, el león es más fiero de lo que lo pintan. Me gustaría ver a esos feroces guerreros en su propia salsa y tomar unos cuantos rollos de película para exhibirlos después en Londres.

—Y el señor Hodgins, ¿qué dice? —preguntó Reaman de repente—. ¿Viene con nosotros o se queda en el campamento?

—Esos tipos, a veces, tienen piedras preciosas que cambian por cualquier chuchería —respondió el sujeto—. Mi rifle y mi cuchillo podían proporcionarme cuarenta o cincuenta quilates de diamantes... suponiendo que se les vean actitudes pacíficas.

Tommie se puso en pie, como dando por terminada la discusión.

—¿A qué hora emprenderemos la marcha, señor Shactor? —quiso saber.

—Nos levantaremos aún de noche —respondió el joven—. Saldremos con las primeras luces.

—Muy bien —contestó la joven—. Buenas noches a todos.

La reunión se disolvió a poco. Shactor estuvo disponiendo todo para la partida del día siguiente, no sin antes haber distribuido las guardias y colocado a los vigilantes en lugar seguro y difícil de sorprender por un asaltante emboscado. Cuando terminó, bastante tarde ya, se encaminó a su lecho, colocado en el interior del “Land-Rover”.

Un pequeño farol pendía del techo del vehículo. Shactor se descalzó las botas; era la única concesión que haría aquella noche a su indumentaria para el descanso. Apartó las mantas y entonces descubrió un papel bajo las mismas.

Tomó el papel y leyó el corto mensaje escrito con un lápiz sobre su superficie. Era terriblemente revelador:

“VIGILE CON CUIDADO. ES POSIBLE QUE ESTA NOCHE
VUELVA A COMETERSE OTRO ASESINATO”.

CAPÍTULO IX

Una hiena rio estridentemente a lo lejos. Le contestó el majestuoso rugido del león. Los tableteantes sonidos de la risa de la hiena se acallaron en el acto.

Moviéndose silenciosamente, con el rifle en las manos, Shactor caminó en torno al campamento. Un débil resplandor, proveniente de las estrellas, permitía ver algunas siluetas a corta distancia.

La figura de un hombre se alzó de pronto ante él.

—¿*Bwana*?

—¿Quién eres? —susurró el cazador.

—Amangi, *bwana*.

—¿Todo bien, Amangi?

—Sí, *bwana*. No hay novedad.

—Vigila bien, Amangi. No te duermas como Shanga la otra vez.

—Descuide, *bwana*.

El joven continuó su recorrido. Se preguntó quién podría haber sido el autor de la nota anónima, pero más acuciante para él era conocer a la presunta víctima. ¿Era que se iban a cumplir los fúnebres vaticinios que le había hecho a Tommie?

De pronto, divisó una silueta que se movía hacia el campamento. Caminó al sesgo, tratando de cortarle el camino.

Tommie Farland dejó escapar un gemido de susto al verse frente a la figura que se alzaba tan bruscamente ante ella. Sus nervios se relajaron cuando reconoció la voz del cazador.

—No haga ruido —aconsejó Shactor.

—Me asustó usted —se quejó ella.

—La culpa es suya. ¿Qué hacía fuera del campamento?

—No tenía sueño y quise darme un paseo.

—Es peligroso. ¿Por qué cometió esa imprudencia?

—¿Cree que los “Wanoossis” están acechándonos en la oscuridad?

Shactor se colgó el rifle del hombro.

—No son los “Wanoossis” los que más me preocupan, señora —respondió—. Alguien me dejó esta noche una nota avisándome de que era posible un nuevo asesinato.

—¡Oh!

—¡Por favor! —susurró él furiosamente—. No grite; no es necesario que la oigan desde mil kilómetros de distancia.

—Dispénsame —murmuró ella con aire contrito—. Se me escapó sin querer y... ¿Dice que esta noche se va a cometer otro crimen? —preguntó

atemorizada.

—Según el aviso, no es seguro; existe la posibilidad de que suceda tal cosa —Shactor masculló algo entre dientes—. Me han partido el sueño por la mitad —rezongó imitadamente.

—¿Quién va a ser la víctima? —quiso saber Tommie.

—No lo sé. Si lo supiera, me pondría a su lado para proteger su vida y tratar de capturar al asesino.

Sobrevino un momento de silencio. Tommie meneó la cabeza.

—Empiezo a comprender que cometí un error al venir aquí —dijo pesarosamente.

—No lo sé —dijo Shactor—. Pero tal vez el asesinato de Félix se habría cometido igualmente, aunque por distinto procedimiento, en Londres. El próximo es el que me preocupa, créame.

Ella se le acercó hasta casi tocarle con el cuerpo.

—Tengo miedo, Sheldon —dijo.

—No es agradable estar así, sabiendo que alguien puede morir y uno lo sabe y no puede evitarlo —convino él.

—Le he metido en un buen lío, ¿no?

—Eso parece —sonrió Shactor—. De todas formas, la culpa no es suya del todo. Digamos más bien que la culpa es del dinero de Bram Farland.

—Yo le amaba sinceramente cuando me casé con él —dijo Tommie—. El dinero no influyó para nada en mi decisión. Ahora... —hizo un gesto de desánimo—. No quisiera que me tacharan de veleidosa, pero ni yo misma sé lo que siento hacia él... o lo que sentiría, si por casualidad llegase a encontrarle con vida.

—¿Se alegraría si se produjese esta última posibilidad? —preguntó el cazador intencionadamente.

—Sí, ¿por qué no? Oh, Dios, no soy tan mala como para desear que haya muerto. Pero no tengo la culpa si mi modo de pensar hacia él ha evolucionado, ¿comprende? A fin de cuentas, son más de cinco años los que hemos pasado separados... y menos de uno el tiempo que estuvimos juntos.

—Comprendo —murmuró Shactor—. Ojalá lo encontremos, señora Farland.

Shactor calló un instante. Tommie tenía razón.

Ella estaba muy cerca. Percibió la fragancia que se desprendía de sus cabellos y la suave calidez de su cuerpo. La miró a los ojos y vio en sus pupilas el doble reflejo de una estrella.

Ocurrió sin saber cómo. De pronto, se encontró con los brazos en torno al flexible talle de la joven. Notó contra su pecho el trémulo contacto del seno de Tommie y percibió también los acelerados latidos de su corazón. Vio que ella entreabría los labios, abandonándose lánguidamente al encanto de aquel instante. La mano derecha de Tommie subió por su

espalda hasta alcanzarle la nuca.

Y de repente, ella sufrió un fuerte estremecimiento. Abrió los ojos y deshizo el abrazo, antes de que sus labios se hubiesen tocado.

—Comportémonos con discreción —murmuró en tono conturbado.

—Sí, claro —admitió él, decepcionado por un lado, aunque satisfecho por otro—. Tiene usted razón, señora Farland. Le ruego me dispense.

Ella sacudió la cabeza y sonrió:

—La culpa ha sido mía únicamente —suspiró—. Descansaré un poco antes de emprender la marcha.

—Desde luego.

Tommie regresó a su remolque y el joven quedó allí unos momentos a solas, cavilando sobre lo que acababa de ocurrir y lo que no había ocurrido por pura casualidad. Inspiró con fuerza. Tommie se convencería de que su esposo estaba muerto y, con tal seguridad en las manos, se volvería a Londres. En una semana habría olvidado aquello que no había sido siquiera el inicio de una aventurilla.

M'bani surgió a poco, tan silenciosamente como de costumbre.

—Ahora te toca descansar a ti —dijo—. Yo velaré.

—Gracias —contestó el joven. Y se retiró a su alojamiento.

Llegó al coche y colgó el rifle en un saliente adecuado. Antes de tenderse a dormir, quiso fumarse un cigarrillo.

Sacó las cerillas y prendió una de ellas. Cuando estaba encendiendo el pitillo, vio que algo se movía en su lecho.

Sacudió el fósforo y lo tiró al suelo. Luego, tras haber encendido el farol, agarró el rifle por el cañón.

Para dormir usaba solamente una manta liviana; dada la temperatura, no necesitaba más abrigo por la noche. De haber ocurrido en otra estación, en que se precisaban más mantas, tal vez no hubiese advertido el movimiento del animal que se agitaba bajo la manta.

—M'bani —llamó con voz normal.

Dado el silencio que reinaba, no era preciso emplear un tono más fuerte. M'bani apareció a la carrera segundos más tarde.

—¿Qué ocurre, *bwana*? —preguntó.

Shactor le señaló la manta. M'bani dejó escapar un gruñido de cólera.

—Aplástala —dijo.

Shactor golpeó la cosa con la culata del rifle. Bastó un golpe bien aplicado y el animal dejó de moverse.

Entonces, M'bani levantó la manta. Pese a que había visto muchas cosas, Shactor sintió ganas de vomitar al ver la enorme tarántula aplastada por su golpe, un animal tan grande como su mano y con patas como un dedo meñique.

—Limpiaré la cama —dijo el nativo.

Shactor chupó furiosamente el pitillo. De modo que el aviso se había

referido a él.

Ciertamente, la picadura de una tarántula, en condiciones normales y a un hombre sano como él, no resultaría necesariamente mortal, pero los efectos que producía no tenían nada de agradable. En Nairobi, con medios y medicamentos adecuados, la cosa se habría resuelto con tres o cuatro días de hospitalización, pero allí, en plena campiña, sin posibilidades de obtener antídoto contra el veneno del arácnido, la cosa habría resultado de manera muy distinta y la expedición habría sufrido un retraso de semana y media por lo menos.

Poco más tarde, se tendía en el lecho. Lo único que consiguió hacer fue descansar; dormir no pudo, por más esfuerzos que hizo.

Se aprestaron a marchar, apenas hubieron desayunado. Shactor no quiso comentar el incidente de la tarántula; el animal no había llegado allí por su propios medios, aunque no era raro encontrarse un arácnido semejante en las ropas del lecho. Pero después del aviso, sabía que alguien lo había depositado allí. Su identidad, sin embargo, le resultaba desconocida por completo.

Media hora más tarde, estaban listos. Aparte de los miembros del “safari”, iban M'bani, N'teba y seis porteadores más. Otros seis quedarían vigilando el campamento.

Shactor revisó la columna de porteadores. De pronto, frunció el ceño al observar un detalle que no le agradaba en absoluto.

—¿Dónde está ese condenado Shanga? —preguntó irritado. Había decidido llevarlo consigo; conocía sus malas artes y temía que influenciase a los otros para que los abandonasen al pie de la cordillera. Formando parte de la columna, tendría ocasión de vigilar sus acciones.

M'bani se encogió de hombros, tan desconcertado y sorprendido como él.

—¿Lo has visto tú, N'teba? —preguntó en swahili.

—No, desde que cenamos —contestó el aludido.

—Buscadlo —ordenó el joven imperativamente—. No quiero dejarlo aquí; fuera del alcance de mi vista, es un sujeto peligroso.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo Reaman con aire irritado—. Shanga u otro cualquiera, ¿qué más da? Si no está él, nombre a otro y se acabó.

—Deje que yo guíe el “safari” a mi manera, señor Reaman —replicó Shactor en tono seco—. Tuve empleado a Shanga hace dos años y me vi obligado a despedirle. No resultó agradable para mí traerle en la expedición.

—¿Por qué lo aceptó, entonces? —preguntó Hodgins curiosamente.

—Porque el señor O'Connor se empeñó en ello. Ya había despedido a dos porteadores más y no quise que dijeran de mí que era un...

—¡*Bwana*! —llamó M'bani de pronto, con voz alterada.

Shactor se volvió en redondo. M'bani corría hacia él nerviosamente.

—¿Qué ocurre? ¿Le ha pasado algo a ese maldito Shanga?

—No está. Ha desaparecido del campamento —respondió M'bani.

—No encontramos el menor rastro de él —agregó N'teba.

Shactor contuvo una maldición. Se preguntó a dónde podría haber ido el sujeto.

—Se habrá marchado, muerto de miedo a causa de los “Wanoossis” —dijo el abogado irónicamente.

—Todas sus cosas están en el sitio que ocupó anoche —informó M'bani.

El joven empezó a recelar algo nada bueno. ¿Era Shanga la víctima anunciada en el anónimo?

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo Reaman en tono punzante—. Si no es Shanga, que venga otro cualquiera. No vamos a estar preocupándonos por la ausencia de un desertor, ausencia que, al fin y al cabo, es cosa suya. Si se ha ido, buen viaje.

—De acuerdo —contestó Shactor—. M'bani, que Amangi ocupe su puesto.

—Sí, *bwana*.

Esperaron diez minutos más. Amangi llegó con el paquete que debía portear Shanga y la columna emprendió la marcha inmediatamente.

Tal como había prometido la víspera, Shactor marchó en cabeza. Llevaba el rifle pendiente del hombro, pero había atado al cañón un palo largo y delgado, al cual estaba sujeto un trozo de paño blanco. Confiaba en que los “Wanoossis” supieran respetar aquel signo de sus pacíficas intenciones.

Tommie aceleró el paso y se le unió. Ambos caminaron a unos cincuenta metros por delante de la columna, encabezada por Reaman y la pelirroja. A los doscientos metros, el camino se hizo difícil y accidentado.

Empezaron el ascenso, siguiendo un escarpado sendero natural, que serpenteaba por entre los amontonamientos de rocas. Las cumbres de la cordillera se alzaban muy lejos por encima de sus cabezas. Unas nubes blancas, redondas, con turgencias de pechos de mujer joven, se deslizaban lentamente por el azul brillante del cielo. Al mirar hacia arriba, daba la sensación de que eran las agudas crestas de las montañas las que se movían en el espacio y no las nubes.

—Sheldon, no se ha cometido el crimen —dijo ella al cabo de unos momentos.

—No será porque el asesino no lo intentó —contestó Shactor.

—¿Qué está diciendo? ¿Quién ha sido la víctima? Frustrada, claro...

—Yo. Alguien dejó una tarántula tan grande como mi mano, bajo las ropas de la cama. No sé cómo la descubrí —explicó Shactor—. Quizá lo debo al cigarrillo que encendí antes de acostarme.

Le contó lo sucedido. Ella se estremeció vivamente.

—¡Hubiera podido morir! —exclamó.

—Tal fue el deseo del asesino —manifestó Shactor—. Pero erró en sus cálculos, y no porque yo descubriese al animal, sino porque su picadura raras veces es mortal, al menos en una persona joven y sana. Sin embargo, sus efectos no tienen nada de agradables; sería preferible cien veces romperse una pierna.

Tommie asintió, empavorecida todavía por el relato que acababa de escuchar. Durante unos momentos, se sintió sin fuerzas para hablar.

Caminaron por un angosto desfiladero, de pendiente muy acusada, cuyas paredes casi podían tocarse con ambas manos extendidas. La altura de los muros, sin embargo, no era muy notable; unos doce o quince metros como máximo. Más parecía un callejón de trazado irregular, casi serpentiforme, con numerosas vueltas y curvas que impedían ver lo que había más allá, a pocos pasos de distancia.

De pronto, cuando apenas llevaban recorridos seis o setecientos metros desde el campamento, tropezaron con una estrecha hendidura de un par de metros de ancho, que era preciso salvar de un salto. Shactor lo hizo y luego se volvió, tendiendo la mano a la joven para ayudarla a franquear el obstáculo.

Tommie alargó la mano también. Pero no llegó a dársela. Palideció, a la vez que sus ojos amenazaban con salirse de las órbitas.

—¡Sheldon! —dijo con voz desfallecida—. Allí, detrás de usted...

Shactor se volvió rápidamente. Un fuerte choque sacudió todo su cuerpo.

A diez metros de distancia, en la próxima revuelta, asomaban los pies de un sujeto completamente inmóvil. Por la forma en que se veían las extremidades inferiores, el hombre, un nativo, estaba suspendido por alguna región de su cuerpo... quizá del cuello, pensó Shactor, mientras corría hacia aquel lugar.

CAPÍTULO X

Era Shanga y lo habían ahorcado con una soga. El otro extremo, estaba atado a un saliente rocoso, situado a poco más de dos metros del suelo. El rostro del desdichado no presentaba un aspecto muy agradable de contemplar.

Shactor escuchó un gemido tras sí. Se volvió, furioso.

—¡No mire! —ordenó a la joven imperativamente.

Tommie giró, estremeciéndose convulsivamente. En aquel momento, Reaman aparecía junto a ellos.

—¡Rayos! —gruñó, al ver el cuerpo suspendido en el aire—. ¿Quién ha sido?

Ann lanzó un agudo chillido que repercutió sonoramente por aquellos parajes. Parrock y Hodgins se atropellaron por llegar al sitio donde se hallaba el cadáver del nativo.

—¡Es el que faltaba! —exclamó Parrock.

—Será mejor que aparten a las mujeres a un lado —ordenó Shactor brevemente—. ¡M'bani, N'teba!

Los dos citados comparecieron de inmediato.

—Hay que descolgarlo —dijo el joven.

N'teba se despojó de la carga que llevaba a la espalda y trepó ágilmente por las rocas. Sacó un cuchillo y cortó la cuerda. El cuerpo inanimado cayó al suelo con sordo choque.

Shactor se arrodilló junto al cadáver y lo examinó atentamente.

—¡Se habrá suicidado de miedo! —opinó Reaman.

—¡No diga tonterías! ¡Lo han asesinado! —contestó Shactor bruscamente.

—¿Cómo puede saberlo? —preguntó el abogado.

—Mire la hinchazón que presenta en la nuca —Shactor señaló con la mano la región indicada—. El asesino le golpeó para desvanecerle y luego lo trajo hasta aquí, colgándole para terminar de matarlo y hacemos creer, si lo hallábamos, que se trataba de un suicidio debido al pánico.

—A veces —terció Hodgins con aire entendido—, los negros se suicidan si el miedo que sienten es excesivo. No saben afrontar su suerte y buscan ese medio de evadirla.

—Shanga pudo hacerlo, ¿no? —apuntó Reaman.

—Y primero se golpeó en la nuca, a fin de atontarse y no percibir el apretón de la soga, ¿verdad? —contestó el cazador irónicamente. Se puso en pie—. Ustedes se rieron cuando yo dije que O'Connor había sido asesinado, pero ahora pueden ver que tenía razón entonces.

—¿Y por qué han matado a Shanga? —preguntó Parrock.

—Estoy seguro de que vio al asesino clavar la flecha en la espalda de O'Connor. Posiblemente, trataría de extorsionarle... Shanga tendría muchos defectos, pero no era ningún tonto y pensó que, presionando sobre el asesino, podría obtener una buena ganancia. Lo que sucede es que no se le ocurrió que él podía correr también la misma suerte que el fotógrafo.

—Una teoría muy aceptable... en teoría —ironizó Reaman—. A O'Connor le mató un “wanoossi” y Shanga se suicidó; no le busque usted tres pies al gato.

Shactor le miró en silencio durante un segundo. Luego, lentamente, extrajo del bolsillo de su camisa la nota que había encontrado en su lecho la víspera.

—Lea —dijo—. Verá como tengo razón.

Parrock se caló las antiparras y leyó por encima del hombro de Reamad. Luego le dirigió una inquisitiva mirada.

—¿Quién le entregó ese aviso, Shactor?

—Es lo que me gustaría saber —repuso el joven, recobrando la nota—. Un desconocido la dejó anoche entre las ropas de mi cama.

Reaman dejó escapar una risita nerviosa.

—¡Tonterías! Todo eso no son más que embustes y falsedades, destinados a distraer nuestra atención. ¡A saber si no fue usted mismo el asesino del pobre Félix!

Shactor permaneció impasible. Se acordaba de la conversación que Ann Barjohn había sostenido noches antes con uno de los dos hombres. ¿Acaso Reaman trataba de hacer lo mismo de que le estaba acusando?

Era un parásito, un hombre sin oficio ni beneficio, ni más bienes de fortuna que sus treinta años y su apostura física. La conquista de Tommie y su cuantiosa fortuna bien merecía la pena eliminar a sus adversarios como fuera... y un “safari”, y más en una región como aquella, ofrecía todas las circunstancias favorables que uno pudiera soñar. Para él, no cabía la menor duda; Shanga le había visto matar a O'Connor y había pretendido comprar su silencio. Reaman debía haber accedido en un principio y luego...

—No tenía yo ningún motivo contra él —dijo—. Yo no aspiro a la mano cubierta de oro de la señora Farland.

Reaman apretó los puños. Durante un momento, Reaman pareció ir a lanzarse contra él y Shactor se dispuso a repeler la agresión.

Pero el joven se contuvo y emitió una agria risita.

—Pudo decir eso antes de llegar nosotros; no después. ¡Diablos, no hace más que conversar aparte con ella en todo momento! ¿La está conquistando con su aureola de hombre valeroso y arriesgado?

—Será mejor que nos dejemos de cuestiones particulares y atendamos al interés general —terció el abogado sensatamente—. Es evidente que ya

no podemos hacer nada por el infortunado Shanga. Debemos, por tanto, pensar en nosotros mismos.

Shactor asintió con breve gesto.

—Sí, será lo mejor —convino secamente—. M'bani, buscad una grieta. Colocad allí el cuerpo de Shanga y luego lo cubrís de piedras; en estos parajes, es lo único que se puede hacer.

—Sí, *bwana*.

—Por la tarde, redactaré un informe de lo sucedido, tal como hice en el caso de O'Connor. Espero que firmen también como testigos —se dirigió al abogado.

—Nada más justo —respondió Parrock cortésmente.

* * *

Cerca del mediodía, Shactor ordenó hacer alto.

Calculó que habrían ganado unos setecientos metros de altura sobre la planicie y avanzado por el interior del macizo montañoso, cuyas características no habían cambiado, unos seis o siete kilómetros. Confiaba en recorrer una distancia similar antes de que llegase la noche.

Eligió un lugar relativamente llano, al pie de un elevado farallón que les proporcionaba sombra suficiente para protegerles de los ardorosos rayos solares. Luego, avanzando un centenar de metros en la dirección que debían seguir, colocó la bandera blanca en un lugar alto y bien visible, a fin de que fuese advertida por los “Wanoossis”, si estos tenían algún vigía avanzado.

Cuando terminó de sujetar el palo con unos cuantos pedruscos, se volvió. Entonces vio a Ann Barjohn que se separaba del grupo y caminaba unos cuantos pasos, escondiéndose a poco tras un amontonamiento de rocas bastante grande.

Una súbita idea se le ocurrió de pronto. Con un par de saltos, se desenfíló de la vista de los acampados. Luego, rodeando cautelosamente por entre los cantiles, buscó un sitio adecuado y esperó.

Ann reapareció minutos después, arreglándose la falda. Shactor le salió al encuentro. En aquel punto, el campamento quedaba oculto por un saliente del farallón, a cuyo pie se encontraban.

La joven lanzó un grito al verle.

—¡Me ha asustado usted! —dijo quejosamente.

—Lo siento —repuso Shactor—. Quería hablarle a solas, sin que nadie nos viese ni oyese.

Ann le miró suspicazmente.

—¿De qué quiere hablarme? —preguntó.

—De una conversación que usted sostuvo noches atrás con un sujeto desconocido. Había mucha oscuridad, lo cual me impidió reconocerle, pero por su silueta calculo que tuvo que ser uno de los dos pretendientes a la

mano de Tommie: Reaman o Parrock.

El rostro de la joven griseó en el acto. Sus labios temblaron.

—No tengo costumbre de celebrar entrevistas nocturnas, que puedan prestarse a interpretaciones equívocas —dijo con voz insegura.

—Lo vi yo; no me lo ha contado nadie, así que no hablo por referencias —manifestó Shactor tajantemente—. ¿En qué consistió el “pequeño trabajito” que le pedía su interlocutor?

Ann retrocedió un paso. Sus facciones aparecían lívidas, desencajadas.

—No... yo no... —balbuceó, aterrada.

Shactor se dio cuenta de que estaba a punto de conseguir sus propósitos.

—Usted creyó que ese “pequeño trabajito” carecía de importancia —insistió, acosando a la pelirroja—. Pero O'Connor apareció muerto a la noche siguiente. ¿Quiere hacerse cómplice de un asesinato?

La joven no tenía fuerzas para hablar. Shactor dio otro paso hacia ella.

—¿De cuál de los dos se trataba? —preguntó—. Dijo que era un trabajo que a él le estaba vedado. ¿Tal vez entrar en el “tráiler” y coger la flecha que nos habían lanzado los “Wanoosis”? Suprimir obstáculos, casarse luego con Tommie, “capturar” su inmensa fortuna y, tal vez, más adelante, suprimir también a Tommie para quedarse los dos solos, dueños de una millonada. ¿No es ese el plan del asesino?

El opulento busto de la pelirroja se agitaba espasmódicamente. Sus ojos aparecían dilatados por el terror.

Shactor comprendió que había hallado el buen camino. Se dispuso a seguir ejerciendo más presión sobre Ann Barjohn.

Un repentino crujido se oyó de repente sobre sus cabezas. Ann levantó la vista instintivamente y lanzó un agudo chillido.

La reacción de Shactor fue fulminante: lanzóse hacia adelante y cargó con el hombro contra la joven, derribándola por tierra a unos pasos de distancia.

En aquel momento, algo cayó de las alturas y chocó contra el suelo con tremenda fuerza. Un pedrusco de la altura de una persona rebotó a dos pasos de ellos y luego saltó fuera, rodando por la pendiente, hasta quedar detenido a quince o veinte metros por debajo de ellos.

Shactor se incorporó. Ayudó a levantarse a la joven, cuyo rostro aparecía cubierto por una palidez absoluta.

—Hablares más tarde —dijo breve y rápidamente—. Está protegiendo a alguien que no se lo merece y a quién interesa su propia seguridad antes que cualquier otra consideración. ¿No se ha dado cuenta de que quería asesinarla para que no hablase? Cuando haya conseguido a Tommie, la matará a usted también... ¡si antes no ha conseguido detenerle pronunciando su nombre!

La gente corría gritando hacia ellos. Shactor comprendió que no podían

seguir hablando. De mala gana, pues, tuvo que resignarse a posponer la conversación para otro momento más adecuado.

Shactor dio una explicación convencional del accidente, corroborada por Ann Barjohn. Reaman sacó del bolsillo posterior de la cadera un frasquito metálico, plano, y ofreció a la joven parte de su contenido. El brandy pareció reanimar un tanto a Ann.

El grupo se disolvió tras unos minutos de comentarios. La única que se quedó fue Tommie.

Miró al joven con expresión irritada.

—No sabía que le agradara a usted el papel de conquistador —dijo.

—Estaba desempeñando otro mucho menos agradable y más peligroso: el de detective privado. Y estoy seguro de que la piedra que cayó desde las alturas no lo hizo accidentalmente.

Tommie se sorprendió de verdad. Enojado, Shactor iniciaba ya la acción de separarse para regresar al lugar de la acampada, cuando ella le detuvo asiéndolo por un brazo.

—Le ruego me dispense, Sheldon —manifestó—. He hablado como una tonta, sin pararme a medir el alcance de mis palabras. ¿Querrá perdonarme? —pidió con una sonrisa.

—Desde luego, aunque con una condición.

—Aceptada de antemano, Sheldon.

—Vigile a Ann. Vigílela atentamente y, muy en especial, en los períodos de descanso. Lo crea o no, conoce el nombre del asesino de O'Connor y me interesa que lo diga. ¡Y al asesino le interesa que calle! —concluyó el joven dramáticamente.

CAPÍTULO XI

Shactor estaba mortalmente cansado, por lo que, apenas establecido el campamento al atardecer, buscó un rincón y se tendió a dormir unas cuantas horas, no sin antes haber dado determinadas instrucciones a M'bani y a N'teba, en quienes confiaba plenamente. A los pocos segundos, dormía ya como un leño.

M'bani le despertó alrededor de la medianoche. Se sentó en el suelo y se puso las botas. Había dormido desde las siete y media de la tarde y no había cenado siquiera de puro cansado. El nativo le entregó un par de bocadillos que devoró rápidamente, con la ayuda de unos sorbos de agua de su propia cantimplora.

—¿Alguna novedad, M'bani? —preguntó en voz baja.

—Nada, *bwana*; todo sigue igual.

—¿N'teba?

—Vigila el sitio donde duermen las dos mujeres.

—Llévame allí. Es hora de que descanséis vosotros.

—Sí, *bwana*.

Eran hombres acostumbrados a moverse en silencio. Dieron un rodeo y se situaron tras unas rocas, a unos cinco o seis metros del punto en donde Tommie y Ann descansaban. N'teba informó que no había ocurrido nada de particular.

—Bien, a dormir vosotros dos —dispuso.

Los nativos se alejaron. Shactor quedó en aquel punto, con el revólver pendiente de la cintura. Si ocurría algo, con aquella arma tendría más que suficiente.

En el cielo había una delgada raja luminosa, como la hoja de una cimitarra, que emitía un leve resplandor, suficiente, sin embargo, para poder captar algunos detalles. El tiempo empezó a pasar.

Dos horas más tarde, Shactor vio que se agitaba uno de los bultos inmóviles. Tensó sus músculos. ¿Cuál de las dos jóvenes se disponía a levantarse?

Una silueta oscura caminó erráticamente tres o cuatro pasos. Su estatura indicó al cazador la identidad de la mujer.

—Señora Farland —susurró.

Tommie ahogó un grito de susto.

—¿Quién es?

—Shactor. Dé la vuelta a las rocas, por favor.

Tommie obedeció. Sus ojos contemplaron al cazador con expresión de zozobra.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó con un hilo de voz.

—Vigilar —contestó él con voz firme.

—¿Vigilar? ¿A Ann?

—Sí. Quiero volver a interrogarla. Si el asesino no hubiese intentado matarla esta tarde, ya habría hablado. Ella le ayudó, entregándole la flecha que tenía usted y que los “Wanoossis” nos habían lanzado, como aviso para que no penetrásemos en su territorio.

—Pero esa flecha no fue la que causó la muerte de O’Connor —alegó Tommie—. La tenía yo, en el remolque...

—Eso es lo que más me desconcierta —rezongó Shactor de mal humor—. He preguntado a M’bani y a N’teba y ninguno de ellos vio a Shanga construir una flecha; esto es algo que se habría notado sin falta. Una flecha puede hacerse con cierta facilidad, pero aun así, lleva bastante tiempo. Y no digamos nada de la calavera de marfil. ¿Por qué entregó Ann la flecha a Reaman?

—Luego, en su opinión, Reaman es el asesino de O’Connor.

—Estaría dispuesto a jurarlo. Y Shanga perdió la vida para que no le delatase. Pero ahora, Ann se está convirtiendo en un eslabón débil y eso no le conviene, por lo que, si no nos andamos con cuidado, acabará asesinándola.

Tommie se cogió la cara con ambas manos, estremeciéndose vivamente.

—¿Por qué, por qué? —preguntó con voz crispada.

—La fortuna de Bram Farland tiene la culpa —respondió él—. No se lo he querido decir hasta ahora, porque sé que usted no me habría creído. Sin embargo, es hora ya de que lo sepa.

—¿Qué es lo que he de saber? —preguntó ella, mirándole con avidez.

—El plan del asesino es eliminar competidores y quedarse solo, para conquistarla a usted. Más adelante... tal vez usted sea también un estorbo y el asesino y Ann, solos, disfruten de esos millones...

—No es posible, no es posible... —dijo Tommie, espantada.

—Lo escuché yo y es tan cierto como las estrellas que brillan en el cielo —aseguró él enfáticamente.

Hubo un momento de silencio. Tommie no sabía qué creer ni qué pensar.

—Sheldon —dijo al cabo.

—¿Sí, señora Farland?

—Regresemos. No quiero seguir más adelante...

—Es inútil ya —contestó él—. El asesino tratará de terminar su plan por todos los medios. Aquí o en Londres.

—Supongamos que sea Reaman. Una vez hayamos vuelto a lugar civilizado, le despediré y no volveré a verle más. Su plan, por tanto, no habrá sido sino una pérdida de tiempo.

—Entonces, cabe la posibilidad de que, despechado, la mate a usted...

aparte de que ha cometido dos muertes y debe purgarlas.

Tommie asintió pesadamente. De pronto, sin poder contenerse rompió a llorar suavemente, en silencio.

—Oh, Sheldon —se lamentó—, ¿es que los hombres han de buscar siempre mi dinero y no a mí?

—Un día encontrará un hombre bueno y decente que la quiera a usted por sí misma, sin importarle otras cualidades extrínsecas. Ese día será feliz, se lo aseguro.

Tommie se limpió los ojos y le miró.

—¿Usted cree? —murmuró, acercándosele.

—Desde luego, ¿por qué no?

Sobrevino un momento de silencio. Shactor percibió claramente el acelerado jadeo de la respiración de la joven. Un débil rayo de luz lunar iluminaba su rostro, permitiéndole captar en toda su intensidad la expresión de ansia y deseo de un afecto sincero, que latía en el interior de su alma.

Se inclinó sobre ella, estrechándola fuertemente entre sus brazos. Tommie correspondió al abrazo sin reservas, plenamente, abandonándose a la situación por completo, como si quisiera olvidar los malos momentos que estaba pasando. Su corazón latió con fuerza junto al del cazador.

Pero, como la vez anterior, sus labios no llegaron a tocarse. Un extraño ruidito sonó a unos pasos de distancia.

Shactor se separó de un salto y empuñó el revólver con gesto fulminante.

—Cuidado, amigo —dijo una voz bronca a tres metros de distancia—. No me confunda con una pieza de caza.

Un hombre salió de entre los pedruscos cercanos. Por su complexión, Shactor reconoció a Hodgins.

—Es un vicio muy feo el de espiar a la gente —le reprendió con dureza.

—Lamento haber interrumpido el dulce coloquio —sonrió descaradamente el enigmático individuo—. No sabía que estuviesen ustedes ahí. Tuve precisión de levantarme... no fue mía la culpa, créame.

Se quitó el sombrero y volvió a sonreír.

—La oscuridad es el mejor cómplice de unos enamorados y yo sé ser discreto en todo momento. Sigan su coloquio, se lo ruego. Buenas noches, señora; buenas noches, señor Shactor.

La inesperada aparición del sujeto había roto el hechizo. Shactor comprendió que ya no podrían reanudar el diálogo en el punto en que lo habían dejado.

—Será mejor que se vuelva a dormir un rato —recomendó, al quedarse solos.

Ella le estrechó la mano con fuerza.

—Ahora me siento mejor —sonrió.

—Me alegro —dijo él—. Verá cómo, al final, todo se resuelve bien, señora Farland.

—¿Por qué no me llama Tommie, como todos los demás? —indicó ella.

—Por ahora no es prudente —contestó él—. Más adelante... —y dejó sin concluir la frase.

Tommie se acostó de nuevo. Shactor quedó en el mismo sitio, vigilando a las dos mujeres.

Pero ya no ocurrió nada durante el resto de la noche. Y cuando llegó el nuevo día, reanudaron la marcha, sin interrumpirla hasta el alto a mediodía.

En vano buscó Shactor la ocasión de hablar con. Ann. La pelirroja le rehuía evidentemente; cada vez que sus miradas se cruzaban, ella enrojecía y bajaba los ojos. En una o dos ocasiones en que intentó la aproximación, Ann se escabulló rápidamente, sin haberle dado tiempo a pronunciar cuatro palabras.

Estaba claro. O temía al asesino o, con tal de no perderlo, era capaz de cualquier cosa. Shactor conocía amores semejantes; la persona amada era antes que cualquier otra cosa, no importaba los delitos que hubiese podido cometer.

Ello le dijo que Ann estaba ciegamente enamorada del asesino y que haría cualquier cosa por preservar su secreto. Al principio, se había mostrado reticente —él mismo lo había escuchado—, pero ahora, la voz del corazón se había impuesto sobre la de la razón. Ann no atendería a argumentos, y ello tanto por el temor de ser asesinada si hablaba, como porque el amor la cegaba. Callaría.

Pero si no hablaba, el asesino la mataría también.

Reaman —no podía ser otro en su opinión—, era un tipo vano y egoísta, sentimientos que disfrazaba muy bien bajo una capa de campechanía y cortesía y amabilidad que surgían a cada momento. Pero había una enorme fortuna de por medio... y su dueña era una mujer joven y hermosa, además; dos elementos formidables para considerar que, por muy bella que fuese Ann, acabaría siendo un estorbo. Las promesas que le había hecho la noche en que le pidió la flecha —¿para qué?— no pasaban de ser eso: simples promesas, que luego no tendrían cumplimiento práctico.

Caminaron después del descanso por un terreno atormentado, terriblemente árido, digno de un paisaje lunar. Las rocas despedían vaharadas de calor que abrasaban las suelas del calzado. Cada paso empezó a convertirse en un tortura.

Haciendo un esfuerzo, Tommie se aproximó al joven.

—Sheldon.

—Hola. ¿Cómo se siente? —sonrió él para animarla.

—Cansada, esta es la verdad —dijo Tommie, cuyos cabellos aparecían

pegados por el sudor a sus sienes—. Sheldon, ¿cuánto falta para llegar a territorio “wanoossi”?

—Estrictamente, ya nos hallamos en él —respondió —el joven—. Pero si quiere saber la distancia que nos separa de su poblado, le diré que oscila entre los dos y cinco kilómetros; no podría establecer una cifra con la debida seguridad.

—A veces —dijo ella, mirando aprensivamente a los lados—, tengo la sensación de que nos están observando, que nos espían...

—No tendría nada de particular —admitió Shactor—. Los “Wanoossis” saben que estamos aquí y...

Repentinamente, algo cruzó el aire con gran velocidad, dejando tras sí una estela de oscuros silbidos. Luego se oyó un ligero choque, de poca estridencia sonora.

Tommie lanzó un grito al ver oscilar el astil de una azagaya, cuya punta se había hincado en el suelo a dos pasos de distancia de ambos.

CAPÍTULO XII

Shactor asió el brazo de la joven con la mano, como para infundirle tranquilidad. Con la otra, movió el rifle en el que ondeaba la bandera blanca, indicando así sus pacíficas intenciones al autor del lanzamiento.

Los otros miembros del “safari” se acercaron a la carrera. Shactor se volvió hacia ellos.

—No hagan un solo disparo o estaremos perdidos. Permanezcan quietos y obedezcan en todo momento mis indicaciones.

—¡Miren! —chilló Ann de pronto, señalando un punto situado sobre sus cabezas.

Un negro apareció a diez metros de distancia. Era alto y tremendamente fuerte, con una apostura y una gallardía realmente envidiables. Vestía unos ropajes de vivos colores y, pendientes de su pecho por un collar que brillaba como si fuese de oro, lucía un amuleto idéntico al que había recibido Tommie en Londres.

Llevaba a la espalda una especie de aljaba de gran tamaño, sujeta por una ancha correa de piel de leopardo, que le cruzaba el pecho en bandolera. La aljaba contenía media docena de azagayas de afiladísima punta, una de las cuales se movía en su mano significativamente.

El “wanoossi” habló de repente, con voz poderosa aunque estridente. Fue un párrafo relativamente breve, después de lo cual, giró sobre sus talones y, saltando de roca en roca, con la agilidad de una cabra montés, desapareció de la vista de los expedicionarios en contados segundos.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Tommie, pues el discurso del indígena había sido pronunciado en swahili.

—Debemos permanecer aquí hasta mañana por la mañana, en que nos conducirán a su poblado —tradujo Shactor—. Intentar abandonar este lugar solo puede conducirnos a la muerte.

—¡Tonterías! —bufó Reaman—. Ese monigote no ha dicho tal cosa. Lo que pasa es que usted tiene miedo y no quiere seguir adelante.

—Posiblemente —contestó Shactor sin inmutarse—, el señor Hodgins entiende también el swahili, así como nuestros porteadores. Cualquiera de ellos podría traducirle el mensaje del “wanoossi”, pero, puesto que se siente tan valeroso, seguramente por ganarse el corazón de alguna de las bellas damas que nos acompañan, siga adelante; no se lo impediré. El camino está libre y, calculo, el poblado “wanoossi” no debe hallarse a más de cinco kilómetros de distancia. Cuando estés en la casa de tu vecino, haz lo que este te ordene, creo que dice un refrán —concluyó.

Reaman le miró airadamente durante unos segundos. Luego, sonriendo

con expresión despectiva, dijo:

—Voy a demostrarle que todo lo que ha dicho ese saco de carbón con pinturas es una fábula.

Y dio dos pasos hacia adelante. Al tercero, una azagaya silbó agudamente y se clavó a medio metro de su pie derecho.

Reaman se quedó paralizado, completamente inmóvil, como si se hubiera convertido en piedra.

—¿No quiere seguir adelante? —se burló Shactor. Giró sobre sus talones—: ¡M'bani, a preparar el campamento!

—¿Por qué nos hacen pasar aquí la noche? —preguntó Parrock, desclavando una azagaya y examinándola con gran curiosidad.

—No lo sé —respondió el cazador—. Es un poco tarde ya y quizá deliberen sobre nuestra presencia en su territorio. Mañana vendrán a recogernos y nos acompañarán hasta el poblado. Entretanto, les aconsejo que olviden sus aprensiones y descansen tranquilamente.

—¿No nos atacarán? —preguntó Tommie.

—Estaríamos muertos ya si abrigasen intenciones hostiles hacia nosotros —contestó Shactor llanamente.

—A mí —dijo Hodgins—, me gustaría saber por qué no nos han atacado los “Wanoossis”. Tienen fama de salvajes y son implacables con todos los que caen en sus manos. ¿No se le ocurre a usted ninguna hipótesis para explicar satisfactoriamente semejante apacibilidad, Shactor?

—No, ninguna —dijo él con toda tranquilidad.

Acamparon y luego cenaron, en medio de un hervor de comentarios y de preguntas, a las cuales Shactor respondió cumplidamente, salvo en lo que se refería a determinados aspectos de la vida de los “Wanoossis”. Tommie se percató del detalle y se preguntó por qué se mostraba tan reticente en ocasiones. Se lo preguntaría cuando tuviese ocasión propicia, acabó decidiendo para sus adentros.

La noche transcurrió con entera tranquilidad. Cuando alboreó, Shactor se dispuso a levantarse, a fin de preparar lo necesario para estar listos en el momento en que los “wanoossis” les indicasen que debían emprender la marcha.

En el mismo instante, sonó un grito agudísimo, estridente.

—¡Sheldon, Sheldon!

Era la voz de Tommie. Shactor creyó que la joven corría un grave peligro y saltó hacia el lugar en donde habían pernoctado las dos mujeres.

Al llegar allí, se detuvo, aterrado ante el espectáculo que estaba contemplando.

¡Ann Barjohn yacía de bruces, a diez pasos de distancia, al pie de unas rocas, y el mango de una azagaya sobresalía del centro de su espalda!

Tommie Farland giró bruscamente sobre sus talones y se refugió de manera instintiva en el pecho del cazador, a la vez que lanzaba un profundo gemido.

Alguien contempló la escena y sus ojos brillaron con fulgores de odio. M'bani, N'teba, Hodgins y algunos otros, corrieron hacia donde yacía el inanimado cuerpo de la pelirroja.

—Es horrible —comentó Parrock a media voz.

Shactor se separó de la joven.

—Llévese a la señora Farland de aquí —rogó—. Si tiene algo de licor, le sentarían bien unos sorbos.

—Claro —contestó Parrock—. Ven, Tommie.

La pareja se alejó. Shactor se arrodilló entonces junto al cadáver de Ann Barjohn.

—La hoja de la azagaya llegó hasta su corazón —dijo Hodgins.

—Impulsada por un “wanoossi”, naturalmente —añadió Reaman.

—El “wanoossi” que mató a Ann, tiene la piel tan blanca como yo —declaró Shactor tajantemente.

Hodgins le miró sobresaltado.

—No irá a decirme que se trata de un asesinato —exclamó.

—He dicho lo que quería decir —insistió el cazador. Miró a Reaman—. La piedra que cayó ayer no fue por mero accidente, sino que alguien la arrojó con ánimo de realizar una cosa que, si entonces falló, más tarde pudo ejecutarla, aprovechando una de las dos azagayas que nos lanzaron como advertencia.

—¿Por qué? —inquirió Reaman en tono altanero.

—Ann conocía el nombre del asesino de O'Connor y de Shanga. Ese sujeto se dio cuenta de que Ann empezaba a sentirse débil y, a fin de no correr riesgos y evitar una delación posible, la asesinó.

—¡Su nombre, pronto! —exigió Reaman perentoriamente—. ¡No podemos continuar un instante más con un asesino entre nosotros!

—Diré a M'bani que le traiga un espejo, Reaman.

Hubo un momento de silencio. De pronto. Reaman, comprendiendo el sentido de las palabras del cazador, emitió un rugido de ira y se lanzó sobre él.

El ataque de Reaman resultó tan inesperado, que Shactor no tuvo tiempo más que de desviar un poco el cuerpo. Aun así, el puñetazo que le asestó el parásito, resultó tan fuerte, que le alcanzó en un hombro, derribándole por tierra, con los pies por alto.

—¡Maldito! —bramó el sujeto, con los puños todavía cerrados—. ¡Levántese y sostenga lo que ha dicho, si es que se atreve! ¡Acusarme a mí de asesino...!

Sonó un grito. Tommie corrió desolada hacia ellos.

—¡Por favor! ¡Quietos!

Se interpuso entre ambos. Shactor empezaba ya a levantarse.

—¿Por qué le has pegado, Stewart? —inquirió la joven.

—Me acusó de ser el asesino de la pobre Ann —contestó Reaman ceñudamente.

Tommie volvió los ojos hacia el joven.

—Esas palabras no deben pronunciarse nunca sin pruebas que las apoyen concluyentemente —le dijo en tono de reproche.

—Lo siento —contestó Shactor, sacudiéndose maquinalmente el polvo de las ropas.

—Con disputas no adelantaremos nada —terció Hodgins—. Es preciso hacer algo por esta pobre chica.

—¿Tenemos que enterrarla aquí? —preguntó M'bani.

Shactor vaciló. De pronto, antes de que pudiera dar una respuesta, sonó un agudo grito.

Todos volvieron la cabeza. A diez metros de distancia, sobre una roca elevada, se hallaba el “wanoossi” de la tarde anterior.

Esta vez, no venía solo. Los riscos se hallaban coronados de guerreros, todos ellos armados con largas lanzas, de tamaño doble que las azagayas que les habían arrojado la víspera. Los escudos, pintados principalmente en los colores negros, blanco y rojo, añadían un toque polícromo al espectáculo.

—Diablos —exclamó Reaman a media voz, amedrentado por la visión de tantos guerreros—. Si quisieran, nos pondrían como un acerico en menos de diez segundos.

—Si hubiesen querido hacerlo, usted ya no habría pronunciado esa frase —respondió Shactor fríamente. Dio unos pasos y levantó la mano izquierda con la palma vuelta hacia el “wanoossi”.

Este emitió un grito áspero. Shactor se detuvo.

—¿Qué dice? —oyó tras él la temerosa voz de Tommie.

—Debemos prepararnos para la marcha. Nos van a guiar hacia el poblado, pero debemos ir sin armas. Ellos se encargarán de transportarlas.

—¡Sin armas! —protestó Reaman—. ¡Que me ahorquen si...!

—Le ahorcarán si no obedece, téngalo por seguro —le interrumpió el cazador fríamente—. Y no crea que no se lo merece.

—¡Basta, Sheldon! —exclamó Tommie imperativamente—. Haremos lo que dice el guerrero, pero no podemos dejar así a la pobre Ann. Hemos de sepultarla, cuando menos.

—Se lo diré —accedió Shactor. Levantó la voz y habló con el “wanoossi” en swahili.

El “wanoossi” le respondió brevemente. Shactor se volvió hacia Tommie.

—Dice que ellos se encargarán del cadáver. Nosotros hemos de partir. ¡Ahora mismo!

Resueltamente, Hodgins dio un paso al frente:

—Entonces, no perdamos tiempo —dijo. Y con gesto ostentoso lanzó su rifle a un lado.

Los demás le siguieron en el acto.

CAPÍTULO XIII

Una hora después llegaron a lo que parecía ser un angosto callejón entre dos enormes peñascos. El paso tendría cinco o seis metros de anchura por veinte de altura y los expedicionarios lo atravesaron, flanqueados por una doble hilera de “Wanoossis”, silenciosos, hieráticos, impasibles, que no les habían dirigido una sola mirada en todo el camino.

La longitud del paso no era muy grande; menos de cien metros. Al llegar a su desembocadura, un espectáculo inusitado se ofreció ante los ojos de los componentes del “safari”.

Un enorme valle se extendía hasta perderse de vista en la azulada neblina del horizonte. El lujuriente verdor del valle, contrastaba singularmente con la aridez del terreno por el que se habían desenvuelto los días pasados. Era al mismo tiempo, un regalo y un descanso para las retinas, fatigadas de los duros tonos cromáticos de las rocas de la cordillera.

Un largo río atravesaba el valle en toda su longitud. Sus pendientes eran suaves y estaban cubiertas de vegetación. A unos tres kilómetros del punto en que se hallaban, en la ladera opuesta, divisaron, semiocultas por el bosque, lo que parecían ser una serie de cabañas hechas de largos y delgados troncos de árbol, con techo de bálago. La distancia, sin embargo, resultaba excesiva para que pudieran apreciar más detalles.

Un “wanoossi” ladró una áspera orden en su idioma.

—Sigamos —dijo Shactor, tomando el brazo de la joven.

Emprendieron el descenso, siguiendo por un sendero que serpenteaba por la ladera. Los numerosos árboles les proporcionaron fresca sombra, que alivió no poco los rigores del sol que batía con fuerza en aquellos parajes.

Sesenta minutos más tarde, atravesaron el río por un puente hecho de tablones, sostenido por un conjunto de lianas que le prestaba la firmeza suficiente. Poco más tarde, alcanzaban las primera cabañas del poblado.

Las mujeres y los niños les contemplaron con moderada curiosidad, sin gritar excesivamente. Algunas reían al verles, pero, en general, su actitud era más bien comedida.

Rodearon el poblado, que tenía forma aproximadamente circular, por la parte externa, ascendiendo la pendiente de la ladera. Al fin, el guía detuvo la procesión al pie de una gigantesca cabaña de dos pisos.

Se volvió hacia el joven y le dijo algo en swahili. Shactor tradujo la orden.

—Debemos esperar aquí —dijo.

El guía ascendió los peldaños que conducían al piso superior y desapareció en él. Tommie empezó a ponerse nerviosa.

—Eso debe ser el palacio del rey de los “Wanoossis”, ¿no? —preguntó.

Sobre el dintel de la puerta, se divisaba un gran escudo con el emblema que ya conocía. Las garras del león eran cuatro, tal como había dicho el cazador en anteriores ocasiones.

—Sí —contestó Shactor de mal humor.

Tommie miró, sorprendida.

—Parece enojado —comentó.

—Tengo motivos para ello —gruñó Shactor.

—¿Cuáles?

Shactor no tuvo tiempo de contestar. El guía apareció en aquel momento en la puerta de la casa.

Habló a gritos, como era costumbre. Dos “wanoossis” se llevaron a Hodgins, el cual desapareció en una cabaña cercana, no sin protestar a voz en cuello. La mano de Tommie se crispó sobre el brazo del joven.

—Le matarán —gimió.

—No. El guerrero ha dicho que lo encierren unos momentos y lo mantengan bajo vigilancia, hasta que Weneessa disponga.

—¡Weneessa! —repitió Tommie, sorprendida—. Le oí ese nombre el primer día que nos vimos. ¿Quién es?

—Por lo que puedo deducir —contestó el joven sombríamente—, ahora es la reina de este pueblo. Cuando yo la conocí, seis años atrás, era lo que en Europa se llamaría una princesa heredera.

Tommie le miró atónita. Pero no pudo seguir hablando. El guía dio otra orden.

Shactor tomó su brazo.

—Ahora nos toca a los dos —dijo—. Weneessa quiere hablarnos.

Y echó a andar, empujando a la amedrentada joven.

Reaman protestó.

—¡Eh, no pueden dejarnos solos! —gritó—. Estos salvajes nos comerán vivos...

Quiso correr tras ellos, pero dos lanzas le cerraron el paso, cruzándose delante de su pecho. Reaman hubo de resignarse a ver cómo Shactor y Tommie ascendían la escalera y desaparecían segundos después en el interior de la casa.

Cruzaron el umbral, hallándose en una vasta habitación sumida en una fresca sombra. Era de forma rectangular y tendría unos veinte metros de largo, por la mitad de ancho y cuatro de alto. El suelo estaba materialmente cubierto de pieles de leopardo y de león y los muros estaban adornados con toda suerte de trofeos venatorios: colmillos de elefante y rinoceronte y cornamentas de distintos cérvidos, así como por varios escudos, lanzas, azagayas, arcos, flechas y puñales. Era un conjunto

bárbaro, pero indiscutiblemente bello.

A la derecha, en el fondo, estaba Weneessa, la reina de los “Wanoossis”, tendida sobre un monumental lecho, cubierto de las más finas pieles que Tommie había podido ver jamás.

Weneessa se puso en pie al verles entrar. Era una joven de aventajada estatura y formas generosas, cubiertas por una blanquísima túnica de hilo, sujeta a su hombro izquierdo por un broche de oro trabajado a golpe de martillo. El hombro derecho y los brazos quedaban al descubierto, mostrando una piel bastante más clara que el común de los nativos; un tono tostado fuerte, como de café con leche. Sus facciones poseían una notable regularidad, pese a lo cual el pelo era crespo y rizado, sin ningún adorno.

Weneessa sonrió enigmáticamente.

—Volvemos a vernos nuevamente, Shactor —dijo en un inglés aceptable.

—Así es —reconoció Shactor—. Hola, Weneessa.

Ella seguía sonriendo. Miró a Tommie.

—Es muy hermosa —alabó—. ¿Tu mujer?

—No —contestó Tommie, sonrojándose—. Estoy casada, o lo estuve, con un hombre llamado Bram Farland. Tengo noticias de que llegó hasta aquí. Usted quizá sepa de él, señora.

Weneessa la miró pensativamente.

—Tal vez —contestó en tono ambiguo. Movi6 una mano, señalando unos taburetes cubiertos de pieles—. ¿No quieren sentarse y conversar un poco conmigo?

Shactor empujó a la joven hasta un taburete. Luego se sentó frente a Weneessa.

—Sería preferible que nos dejásemos de rodeos, Weneessa —dijo—. Hemos venido para saber de una persona y cuanto antes nos lo digas, mejor para todos.

—Hubo un tiempo en que habías olvidado el significado de la palabra prisa —contestó Weneessa, sonriendo, a la vez que se reclinaba indolentemente en el diván—. ¿Ya no te acuerdas de aquella época que calificaste de tan feliz?

Tommie miró a Shactor, sofocada y confusa al comprender el significado de las palabras de la joven indígena. Shactor se sintió incómodo.

—Aquello ya pasó, Weneessa —contestó él—. Y no del todo por mi culpa, tú bien lo sabes.

—Me propusiste algo que no podía aceptar —dijo la mujer acerbamente.

—No quisiste, que no es lo mismo.

—Tampoco tú quisiste quedarte aquí —declaró ella incisivamente—.

¿Tan mal te habría sabido vivir entre unos salvajes?

—África me ha gustado siempre —declaró Shactor—. Lo sabes tan bien como yo, Weneessa. Lo que sucede es que no toda África me gusta. Vivir aquí no era precisamente mi ideal, pero bien conocías mi forma de pensar.

—Entre los blancos, hubiera estado completamente desplazada —contestó Weneessa—. El color de la piel es algo que hubiese significado una tremenda barrera que yo no hubiera podido salvar en ningún momento. Mi padre blanco, llegó aquí hace treinta años y vivió feliz el resto de sus días con mi madre. ¿Por qué tú no podías haber hecho lo mismo?

—Es inútil hablar de lo que ya sucedió y no tiene remedio —contestó Shactor de mala gana—. Ahora veo, y seguramente a ti te pasará lo mismo, que nuestros caracteres son incompatibles. No hubiéramos sido felices ni aquí ni al otro lado de la cordillera.

El opulento pecho de la nativa se agitó visiblemente.

—Tal vez tengas razón —convino—. Ninguno de los dos nos sentimos entonces con fuerzas suficientes para hacer la prueba a definitiva.

—Así fue. Los meses que pasamos juntos no fueron bastantes para consolidar nuestro... afecto —declaró Shactor—. Lo siento, Weneessa; estoy en tus manos y puedes llevar a cabo la venganza que me prometiste cuando me marché.

Weneessa sonrió enigmáticamente.

—Te hubiese matado entonces. Ahora, el tiempo ha pasado ya y mis sentimientos han cambiado. Nadie os tocará un solo pelo de la ropa, puedes tener la seguridad completa, Sheldon.

—Le agradezco tales manifestaciones, señora —intervino Tommie—. Pero ¿por favor, puede decirme si mi esposo sigue vivo o ha muerto? Sheldon asegura que, habiendo caído en las manos de sus guerreros, tiene que estar muerto a la fuerza.

—Hubo un tiempo en que los “Wanoossis” matábamos a todo extraño, en efecto —contestó la joven nativa—. Por supuesto que siempre hubo alguna excepción: mi padre, Sheldon Shactor...

—¿Y mi esposo? —preguntó Tommie anhelantemente.

Weneessa la miró a través de los párpados entrecerrados.

—¿Le ama usted mucho, señora? —preguntó.

Tommie se quedó cortada.

—Muchas cosas dependen de las noticias que me dé usted —respondió al cabo.

—Era dueño de una gran fortuna —dijo Shactor.

—Ah —murmuró Weneessa—. Por lo tanto, ella es la heredera.

—Sí —admitió Tommie sin titubeos—. Pero no solo el dinero es el que me ha traído hasta aquí.

—Con toda seguridad, el deseo de saber si está libre o sigue unida a un

hombre por ciertos lazos atados años atrás, ¿no es cierto?

—Exacto —convino Tommie.

Weneessa volvió a sonreír.

—Pronto saldremos de dudas —dijo. Se enderezó un poco y batió palmas.

El guía volvió a entrar. Weneessa le hizo algunas pregunta en su idioma. El guía contestó afirmativamente y volvió a salir.

—¿Qué ha dicho? —cuchicheó Tommie al oído del joven.

—Ha preguntado que si su esposo está dispuesto y que lo traigan enseguida.

—Entonces, ¡está vivo! —gritó Tommie, terriblemente excitada.

—Sí, pero, cálmese. Lo verá dentro de unos minutos.

La espera resultó terriblemente angustiosa. Al fin, sonaron unos pasos en la escalera exterior.

Un hombre entró en la estancia. Shactor y Tommie se pusieron en pie.

Ambos gritaron al mismo tiempo, al reconocer al individuo.

¡El esposo de la joven era Ted Hodgins!

CAPÍTULO XIV

Hodgins se había cambiado de ropas y afeitado la barba. Sonriendo de un modo singular, se quitó las gafas oscuras y miró a la joven.

—Hola, Tommie —saludó—. Estás más hermosa que nunca.

Tommie temblaba de pies a cabeza.

—Bram —murmuró—, ¿por qué lo hiciste?

Farland se encogió de hombros.

—Llegué hasta aquí y me quedé. Estaba aburrido de la civilización. Se vive bien entre los “Wanoossis”. Y no tenía ganas de comunicar a nadie mi paradero.

—¿Ni a mí? —preguntó Tommie.

—Tal vez te extrañe e incluso te enoje, pero al poco tiempo de casados, me di cuenta de que nuestro matrimonio había sido un error —contestó Farland—. Me convencí de ello una vez hube pasado unas semanas en el valle y decidí que, si me daban por muerto, tú acabarías consolándote y casándote con otro.

Shactor miró a Weneessa.

—Me imagino quién tuvo buena parte en ese desvío —dijo.

Weneessa se echó a reír.

—Oh, no —contestó—. Dicen que soy muy hermosa, pero hay algunas otras jóvenes que me ganan. Bram y yo descubrimos al poco tiempo que tampoco congeniábamos...

—Y encontró una que sí congeniaba con él —dijo Shactor acerbamente.

—¿Por qué negarlo? —exclamó el aludido.

—Entonces, yo... —murmuró Tommie, abatida.

—Ahora ya estás aquí —manifestó Farland—. Y Parrock ha venido contigo, de modo que, como abogado de la familia, realizará todos los trámites necesarios para que recobres tu libertad. Francamente, no deseo volver a la civilización. He encontrado aquí un medio de vida, primitivo quizá, pero que colma por completo mis aspiraciones. Siento causarte esa decepción, Tommie, pero no puedo remediarlo.

—¿Y no podía haberlo dicho cuando estábamos en la sabana? —exclamó Shactor irritadamente—. Nos habríamos ahorrado un viaje tan largo... y se habrían evitado un par de muertes, por lo menos. ¿Qué hacía allí y por qué no habló, Farland?

—Estaba realizando una exploración —contestó el aludido—. Usted conoce África y sabe que las noticias se propagan con gran rapidez. Al menos, entre y para los interesados, claro. Por eso supe que Tommie estaba

en Nairobi y que me buscaba. Decidí salir a su encuentro y fingirme perdido, para ver cómo actuaba. Por otra parte, Weneessa quería verle también a usted...

—¿Para qué? —preguntó el joven hoscamente.

—Quería convencerme a mí misma de que lo nuestro había pasado ya —contestó la aludida—. Temí al verte que rebrotaran los viejos sentimientos, pero, afortunadamente, no ha sido así.

—Y esas dos muertes, la de Shanga y la de Ann Barjohn —agregó Farland—, se habrían cometido igualmente, aquí o en Londres. Cuando un hombre siente su piel en peligro, no vacila en emplear cualquier medio para protegerse.

—Empiezo a sospechar que usted conoce al asesino —dijo Shactor, mirando a Farland con gesto suspicaz.

—Sí —contestó el individuo.

—¡Su nombre, pronto! —exigió Tommie.

—Calma, querida, calma —dijo Farland—. No tanta prisa. Está aquí, no puede escaparse... y sobra tiempo. ¿No te apetecería primero un buen baño, cambiarte de ropas, descansar y tomar algún alimento? Apenas has podido lavarte la cara estos días y, sin ánimo de ofenderte, estás necesitada de un aseo a fondo.

—Todo lo que usted dice es cierto, Farland —manifestó Shactor—, pero no olvide que se han cometido tres muertes y que la justicia exige sean castigadas. Mi deber es conducir al asesino a Nairobi y entregarlo allí a la policía.

—Nada de eso —intervino Weneessa súbitamente—. El asesino será castigado aquí.

—Tú no tienes jurisdicción alguna sobre unos hechos que se han cometido fuera de tu territorio —objetó Shactor.

—¿De veras? —sonrió la hermosa nativa—. ¿Y la mujer atravesada por una azagaya? Murió a menos de seis kilómetros de esta casa, recuérdalo.

—¿Tiene usted poder para pronunciar una sentencia de muerte? —preguntó Tommie.

—Por supuesto. ¿Harlaría así si no fuese cierto? —respondió Weneessa con cierto desdén.

Shactor miró a Farland.

—Esas muertes se han cometido por algo de lo que, involuntariamente, tiene usted la culpa: su esposa y su fortuna.

Farland se echó a reír.

—Bueno, de ser rico, yo no tengo la culpa —contestó—. Y en cuanto a haberme casado con Tommie... es muy guapa, hay que reconocerlo.

—Ahora parece haberme olvidado —dijo ella, no sin sentir cierto despecho por la actitud de su esposo. Y miró a Weneessa al pronunciar dichas palabras.

La nativa captó el sentido de la frase. Movi6 la mano.

—Querida, yo no tengo la culpa de ese desvÍo. Sé que soy hermosa, pero hay muchachas en mi tribu que lo son tanto o más que yo —dijo.

Tommie volvió los ojos hacia su esposo.

—De modo que es así cómo piensas —murmuró.

Farland se encogió de hombros.

—Lo siento —contestó brevemente. Y tras una corta pausa, añadió—: ¿Te sientes despechada acaso por la cuestión económica?

—No. Ciertamente, no me gusta la pobreza; pero tampoco, y tú bien lo sabes, me casé contigo por tu dinero. Y, lo creas o no, esta es la parte que menos me interesa de este desdichado asunto. Vine a Kenya para encontrarte, te he hallado y eso es lo principal de todo.

—Robert Parrock es mi abogado. El que haya venido contigo, ha representado una gran suerte —manifestó Farland—. Antes de irte, dejaré dispuesta toda la documentación para que no encuentres el menor obstáculo a tu felicidad al regreso.

—Y encontrará esa felicidad —dijo Weneessa mirando fijamente al cazador.

Shactor se sintió incómodo. Parecíale estar disputando una presa, todavía con vida su dueño.

—¿Hasta cuándo permaneceremos aquí, Weneessa? —quiso saber, desviando la conversación.

—Sois mis huéspedes —respondió ella—. Y cuando uno tiene en su casa un huésped, no le pregunta nunca cuándo se va a marchar. Es el huésped quien debe tomar esa determinación.

—Entonces, nos iremos apenas hayamos solucionado el asunto principal —afirmó Shactor.

—Muy bien, pero antes será preciso asearse y descansar —sonrió Farland—. Weneessa será tan gentil que te ayudará en ciertas tareas vedadas a los hombres.

—No faltaría más —accedió la nativa—. ¿Quiere venir conmigo, señora Farland?

Las dos mujeres abandonaron la estancia, Shactor y Farland quedaron frente a frente.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo el joven.

—Claro, por supuesto.

—¿Qué fue de Raglan? Iba con usted, creo.

—Resultó un imprudente. Cuando se le intimó a que se quedase quieto, intentó usar el rifle. Los “Wanoossis”, usted lo sabe bien, no se andan con chiquitas y una azagaya le partió el corazón.

—Entiendo —murmuró el joven. Y al cabo de unos instantes, formuló otra pregunta—: Bien, ¿cuándo me dirá el nombre del asesino?

Farland señaló la puerta con la mano.

—Primero le enseñaré el baño. Después, le daré de comer y luego hablaremos con mi abogado. Este es un tema que le interesa bastante, ¿no es así?

Shactor prefirió callar.

* * *

Reaman y Parrock le acogieron con la más viva ansiedad.

—¿Qué les ha dicho el rey de los “Wanoossis”?

—¿Dónde está Tommie? ¿Le han hecho daño?

Shactor movió ambas manos con gesto que pedía calma.

—Tranquilidad, por favor —dijo—. No ocurre nada de particular. Siéntense, ¿quieren?

Los dos hombres habían sido conducidos a una cabaña no muy distante de la casa donde residía Weneessa. El interior de la misma era limpio, espacioso y bastante cómodo, aunque inferior, naturalmente, al de la residencia de Weneessa. Un “wanoossi” montaba la guardia en la parte exterior, pero no hizo nada por detener al joven cuando quiso penetrar en la cabaña.

—Responderé a sus preguntas —siguió—, Parrock. Tommie está perfectamente y no le han causado el menor daño. En estos momentos, lo cual responde a la pregunta de Reaman, es huésped de la... Bueno —sonrió forzosamente—. Decir reina de la tribu resulta un poco artificial, incluso cursi, pero es así. No hay reyezuelo, sino reina.

—Un matriarcado, ¿eh? —murmuró Parrock.

—El mismo que en nuestro país —sonrió Shactor—. Una mujer como jefe de Estado no significa régimen de matriarcado.

—¿Y Hodgins? —exclamó Reaman de pronto—. Desde que se lo llevaron, no hemos vuelto a saber de él.

—Está bien igualmente. No le ha ocurrido nada.

—¿Ha averiguado algo de Farland? —inquirió el abogado.

Shactor reflexionó durante unos segundos. Al fin, llegó a una conclusión.

—No estoy autorizado para responder a esa pregunta —dijo.

—¿Por qué? —Parrock pareció perder su ecuanimidad por unos momentos—. A fin de cuentas, Farland es mi cliente. Tengo derecho a saber qué ha sido de él, ¿no es así?

—Repito que no estoy...

En aquel momento, un hombre entró en la cabaña, interrumpiéndole bruscamente. Era el mismo guerrero que les había ordenado detenerse la víspera y habló rápida y estridentemente con el joven en swahili. Al terminar, dio media vuelta y se marchó.

—¿Qué ha dicho ese saco de carbón con pinturas?—preguntó Reaman burlonamente.

—Esta noche asistiremos a una cena. Estamos invitados por Weneessa
—tradujo Shactor.
Reaman rio nerviosamente.
—¡Lástima! ¡Olvidé mis ropas de etiqueta en Nairobi!

CAPÍTULO XV

Al atardecer, el mismo “wanoossi” vino a buscarlos y les condujo a la residencia de Weneessa. Los tres hombres penetraron en el salón, en uno de cuyos lados había sido instalada una gran mesa baja, dispuesta ya con todo lo necesario para la cena.

Reaman examinó con ponderación el interior de la estancia, brillantemente alumbrada por numerosas lámparas de aceite, colocadas junto a diminutas aberturas que absorbían hacia el exterior el humo de la combustión, con lo que la atmósfera del salón quedaba completamente limpia de dichos humos, así como también de los olores correspondientes. A ambos lados de la mesa había dos nativos inmóviles, dispuestos para servir cuando se lo ordenasen.

Las mujeres aparecieron poco después. Reaman no se pudo contener y silbó admirativamente. Los ojos de Parrock chispearon, sin que el abogado pronunciase una sola palabra.

Tommie estaba encantadora. Vestía de una forma análoga a como lo hacía Weneessa y parecía una mujer enteramente distinta de la que había sido durante el “safari”, más dulce y femenina. Nunca había sido muy alta, pero ahora, por contraste con Weneessa, que lo era incluso más que Shactor, parecía diminuta.

Shactor hizo las presentaciones. Parrock se limitó a inclinar la cabeza. En cambio, Reaman estrechó efusivamente la mano de Weneessa.

—Si me hubiesen dicho que iba a encontrar aquí una belleza semejante, hubiera sido capaz de venir descalzo yo solo —dijo.

Weneessa sonrió halagada. Shactor se dio cuenta del impacto que Reaman había causado en la joven africana. Ciertamente, era preciso convenir que Reaman era un hombre gallardo y apuesto, quien, con sus ciento ochenta y cinco centímetros de estatura, rebasaba en medio palmo la de Weneessa. Tommie se percató también del detalle y sonrió maliciosamente.

—En cambio —añadió Parrock—, aún no hemos conseguido saber nada del motivo de nuestro viaje.

—¿No les has dicho nada? —preguntó Weneessa, mirando a Shactor ligeramente sorprendida.

—No me creí autorizado para hacerlo, cuando el propio interesado había callado —respondió el cazador.

—Parece ser que se hablaba de mí —comentó Farland en aquel momento.

Parrock y Reaman se volvieron vivamente.

—¡Bram! —exclamó el primero.

—Vaya —murmuró Reaman—, conqué este es el famoso esposo a quién todos creíamos muerto.

—El mismo —sonrió Farland.

—Soy un frustrado pretendiente a la mano de su exviuda —comentó el joven con brillante sonrisa.

—Bueno, ¿quién sabe? —contestó Farland—. Creo que existen otros procedimientos para que una mujer recobre su libertad sin llegar al límite extremo de la viudez.

Parrock respingó.

—¡Cómo! ¿Te vas a divorciar de Tommie?

—Así es —admitió Farland.

Reaman miró a Weneessa.

—¿Tiene ella la culpa? —preguntó.

—No —repuso la interpelada—. Al menos, directamente. Entre Farland y yo no hay ningún lazo afectivo.

—Respiro aliviado —comentó Reaman. Y todos se echaron a reír.

—Bueno, ¿por qué no cenamos ya? —propuso Weneessa—. Supongo que mis distinguidos huéspedes deben sentir apetito, ¿no es así?

—En estos momentos me comería un león crudo —dijo Reaman, mirándola con ojos de carnero degollado.

La cena se desarrolló bajo el signo de la normalidad, aunque Shactor pudo percibir cierto nerviosismo en algunos de los comensales, Tommie sobre todo. Shactor lo achacó principalmente al hallazgo de su esposo, pero estaba más preocupado con las manifestaciones de Farland: conocía al asesino. ¿Por qué no lo descubría?

Reaman pegó la hebra con Weneessa, quien parecía muy complacida de la admiración del parásito. Este había desplegado todas sus dotes de seducción, y Shactor, que lo había observado, se dijo que, de no hallarse en aquel lugar, Weneessa habría sucumbido bien pronto al atractivo del joven. Claro que, añadió inmediatamente, en otro sitio, Reaman ni se habría fijado en ella; el color de la piel habría significado una gran barrera para sus avances. Allí era distinto.

De pronto, cuando más distraído estaba, oyó la voz de Farland.

—Robert, cuando vuelvas a Londres tendrás bastante trabajo. Te encontrarás con una carta mía allí.

—¿Acerca de...? —preguntó el abogado.

—Tienes que realizar toda mi fortuna y transferirla a Nairobi. Tengo muchas cosas que hacer aquí y para ello se necesita dinero. Por supuesto —se volvió hacia Tommie—, tú quedarás a cubierto de toda necesidad. Será mucho menos que el total de lo que hubieras percibido de haber heredado mi fortuna, pero aun así, no te podrás quejar.

—El dinero es lo de menos, Bram —contestó ella apagadamente.

—¿Qué es lo que piensas hacer, Bram? —inquirió Parrock.

—Ya te lo dije: se necesitan muchas cosas... Weneessa es una mujer amante del progreso y, aun procurando mantener el aislamiento de su pueblo en lo posible, comprende que han pasado ya las épocas de lo que podríamos denominar vivir sobre el terreno, autarquía total... en suma, que quiere realizar una transformación completa y eso, repito, requiere dinero.

—¿Y te vas a gastar una millonada en estos caníbales? —estalló de súbito el abogado.

—¿Te sabe mal? —sonrió Farland—. Debe ser terrible darse cuenta que se han cometido tres asesinatos para quedarse con una gran fortuna y una mujer hermosa y ver que todo ha resultado inútil, ¿no es cierto, Robert?

Un terrible silencio gravitó repentinamente sobre la estancia. Shactor contempló el rostro del abogado, que parecía haberse cubierto repentinamente de una capa de ceniza.

—Estás diciendo tonterías, Bram... —balbució.

—No, no hago sino decir la verdad. Hace unos meses, cuando Tommie empezaba a recuperarse de su grave enfermedad, estuviste en Nairobi, adquiriendo detalles sobre mí. Allí es donde, haciendo investigaciones, te encontraste con Shanga, al cual encargaste enviase el falso amuleto, para terminar de convencer a Tommie de que viniese a África. Fue un viaje relativamente rápido, que enmascaraste con el pretexto de unas falsas vacaciones en la Riviera italiana. En realidad, estuviste en África, planeándolo todo.

“Posiblemente, no pensabas cometer más asesinatos que el mío, caso de aparecer yo. Pero la cosa se complicó un poco cuando se agregaron otras personas al “safari”, Ann Barjohn entre ellas. Ann, que era tu... Es una palabra fea, que no debe pronunciarse aquí, tanto por respeto a ella, como a las damas presentes.

Sentado en su taburete de piel de león, Parrock permanecía rígido, inmóvil, contemplando con ojos relucientes a Farland. Tommie le miraba horrorizada.

—Resultó que O'Connor te había visto en Nairobi. Oliéndose algo, debió querer comprar tu silencio y por eso le mataste —prosiguió Farland implacablemente—. Shanga se lo supuso y exigió más dinero. Lo ahorcaste. En cuanto a Ann, te diste cuenta de que era una mujer de carácter débil, pese a su aparente fortaleza y que, si bien te hubiese ayudado a despojarme de mi fortuna, el hecho de verse complicada en dos asesinatos la mantenía en un estado de excitación constante. No podías permitirte el lujo de vivir con un riesgo semejante, suspendido sobre tu cabeza, así que tuviste que eliminarla también. Parecía que dichos asesinatos tenían que haber sido cometidos por los “Wanoossis”, pero no es así; las tres muertes fueron realizadas por una misma mano: la tuya, Robert.

“Última que nada de eso te haya servido para conseguir tus fines, porque, aun cuando hubieses logrado conquistar el corazón de Tommie, el dinero que le corresponde como indemnización, no es, ni de lejos, la fabulosa suma que tú habías aspirado a considerar como tuya exclusivamente.

De nuevo se hizo el silencio. Shactor miró al abogado, cuya frente aparecía perlada de una infinidad de gotitas de sudor. Ahora lo comprendía todo. O'Connor había muerto para que no lo delatase, y Shanga por la misma razón, después de haberle ayudado a preparar las flechas y el amuleto. En cuanto a la pobre Ann, había tenido la desdicha de enamorarse de un hombre sin escrúpulos, que no había vacilado en saltar por encima de su cadáver para conseguir sus propósitos. El salto había sido efectuado, pero al otro lado, no había nada: solo el vacío.

Un rugido de rabia se escapó de los labios del abogado al verse descubierto. Con gesto fulminante, metió la mano dentro de su camisa y sacó un revólver. Estaba loco de ira, devorado por la rabia de ver que todos sus esfuerzos no le habían servido de nada.

Sonaron dos estampidos. Farland se derrumbó en el acto, muerto instantáneamente.

Tommie lanzó un agudo chillido. Parrock se puso en pie de un salto, amenazando con el arma a los presentes.

—¡Que nadie se mueva si quiere seguir viviendo! —gritó.

Repentinamente, un hombre apareció en la puerta. Era N'teba.

—Señor Parrock —dijo el nativo—, será mejor que se entregue antes de que cometa mayores males. Soy el sargento Ralph N'teba, de la Policía de Nairobi, y le arresto por la muerte de Bram Farland. Tire el arma y no empeore aún más su situación.

Las palabras de N'teba provocaron una gran sorpresa en el cazador. Ahora recordaba su rostro. Comprendió que era él el autor del aviso que había encontrado noches atrás en su lecho.

Parrock lanzó un rugido de ira.

—¡Aparta de ahí, negro maldito! —gritó—. Apártate o...

Algo silbó repentinamente por los aires. Tommie lanzó un segundo chillido de espanto al ver el astil de una azagaya que sobresalía del pecho de Parrock.

El abogado soltó el revólver y se agarró con ambas manos al palo, intentando desclavarse el arma. Las fuerzas le fallaron de pronto y cayó hacia adelante. El cabo del astil chocó contra el suelo y la hoja terminó de atravesarle el cuerpo, saliéndole por la espalda. Pateó un poco y al cabo se quedó inmóvil.

Entonces apareció bajo el dintel el nativo que les había servido de guía. Impasible, miró a Weneessa.

—Has hecho bien, N'Dokri —dijo ella sin inmutarse.

Estaban disponiéndose ya para el regreso. Reaman les alcanzó.

—Hola —saludó a la pareja—. ¿Cómo se encuentran?

—Bien —contestó Shactor—. ¿Le falta mucho? Nos iremos dentro de unos minutos.

Reaman se echó a reír.

—Yo me quedo —dijo.

—¡Cómo! —exclamaron Shactor y Tommie a dúo.

—Sí —dijo Reaman, de magnífico humor—. Ya sé que les parecerá increíble, pero es la pura verdad...

—Weneessa tiene buena parte de culpa en su decisión, ¿no es así? —dijo Tommie, sonriendo.

—¿Por qué negarlo? Me hubiera gustado mucho casarme contigo, Tommie —admitió Reaman sin rebozo—, pero no me hubieses aceptado, de modo que he tomado la derrota con bastante filosofía y... ¡qué diablos! a fin de cuentas, Weneessa también es una belleza. Y una gran mujer, no les quepa duda. Por otra parte, hay mucho trabajo que hacer aquí con el dinero de Farland. Ni yo mismo me reconozco; siempre fui amigo del ocio y la buena vida, pero eso no puede durar eternamente. En este mundo hay algo más que hacer que exhibir el tipo a la caza de una rica heredera, ¿no es cierto?

Shactor le tendió la mano.

—Me alegro de que piense así. Tal vez volvamos a vernos dentro de algunos meses.

—Oh, sí, claro. Pasaré por su granja cuando vaya, a Nairobi a traer cosas útiles para la tribu.

—¿Te encargo una corona de cartón pintada de purpurina? —bromeó Tommie.

Reaman se echó a reír.

—Esa corona dásela a Shactor, quien, si no me equivoco, dentro de muy poco, será el rey de tu casa.

Tommie se sonrojó. Miró rápidamente a Shactor y luego volvió la vista, confundida y avergonzada. Reaman rio de nuevo.

—Bueno, amigos —dijo—; mi reina me espera. Adiós.

—Adiós, no; hasta la vista —rectificó Shactor, estrechando de nuevo la mano del parásito arrepentido.

Reaman se marchó. Ellos emprendieron el camino de vuelta.

Se detuvieron al cruzar el puente. Reaman y Weneessa se hallaban en pie, sobre una pequeña eminencia, y les saludaron con la mano en señal de despedida.

Tommie sonrió.

—Nunca hubiese sospechado que la vida de parásito de Reaman tuviese

un final semejante.

—La mujer es capaz de hacer cambiar al hombre a poco que se lo proponga —comentó él, reanudando la marcha.

Caminaron en silencio durante algún tiempo. Luego, ella dijo:

—Sheldon, sé que... es todavía pronto para hablar de este asunto, pero... cuando haya pasado un plazo prudencial, me gustaría... creo que sabré aclimatarme a la vida africana.

—Todo depende del empeño y la voluntad que pongas en ello —contestó el cazador.

Ella le miró anhelantemente.

—Tú me ayudarás, ¿no es cierto? —dijo.

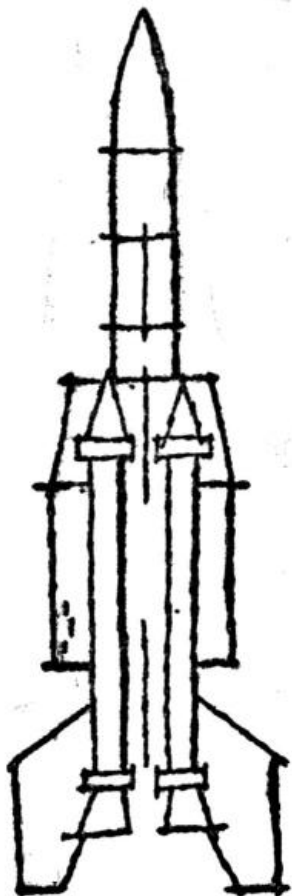
Shactor tomó su mano.

—Sí, te ayudaré. Y verás cómo no te arrepientes jamás de tu decisión —contestó con voz firme.

FIN

Los cohetes

WIM DANNAU



Los actuales cohetes son un anticipo del mundo futuro: años armados de la técnica, armas poderosas, vehículos ultrarrápidos, naves del espacio, con ellos toman cuerpo los más audaces sueños del hombre.

La clara y sintética exposición del presente volumen constituye el primer testimonio de la Era que acaba de empezar.

Aquí están todos los modelos de cohetes que hoy se conocen, desde el proyectil antitanque al coloso que pone en órbita un satélite artificial.

Un catálogo que mañana servirá a la historia.

**MARABU
ZAS**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.





NOCHES DE AMOR Y CRIMEN

por
KEITH LUGER

Se abrió la puerta y de pronto algo chocó contra mi cabeza.

Me derrumbé, pero todavía no perdí el sentido. Levanté el brazo para librarme de otro golpe.

Resultó bueno porque, gracias a eso, no me abrieron probablemente la cabeza. Me estaban golpeando con una gruesa cachiporra. Entre una nube vi la cara del sujeto. Tenía cabello negro, la frente estrecha, ojos verdosos...

Esta vez me cazó en la muñeca. Creí que me partía el hueso. Al darse cuenta de que había fallado el segundo golpe, me pegó un puntapié en la cara.

Mis dientes entrechocaron y sentí en mi boca el sabor acre de la sangre.

El signo de violencia domina a lo largo de esta novela, una de las más afortunadas del notable escritor

KEITH LUGER

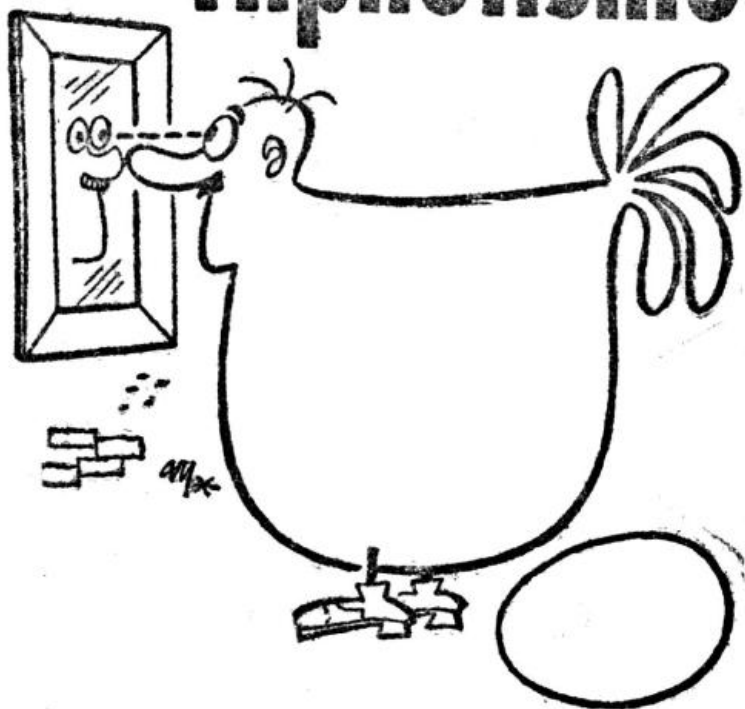
que ha construido un argumento vibrante, dinámico y lleno de intriga

NOCHES DE AMOR Y CRIMEN

aparecerá en el próximo número de Colección

PUNTO ROJO

Hipnotismo



¿Sabe usted ya si tiene dotes de hipnotizador?
¿Sabe, por el contrario, si su temperamento
hace de usted una persona fácilmente hipno-
tizable?

Pruébelo.

MARABU ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.





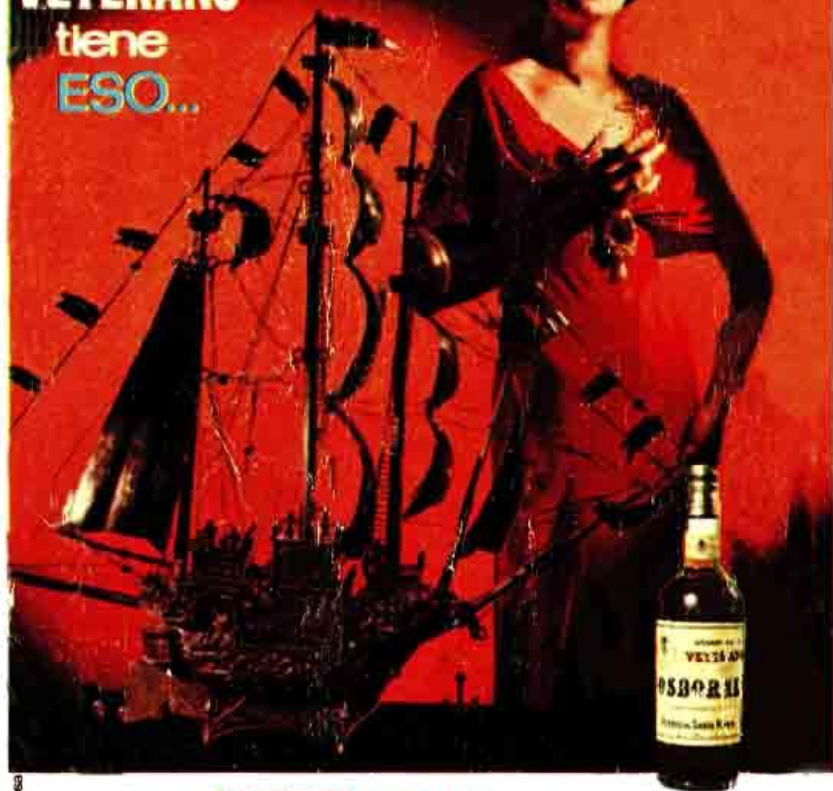
EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



osborne

un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1772*